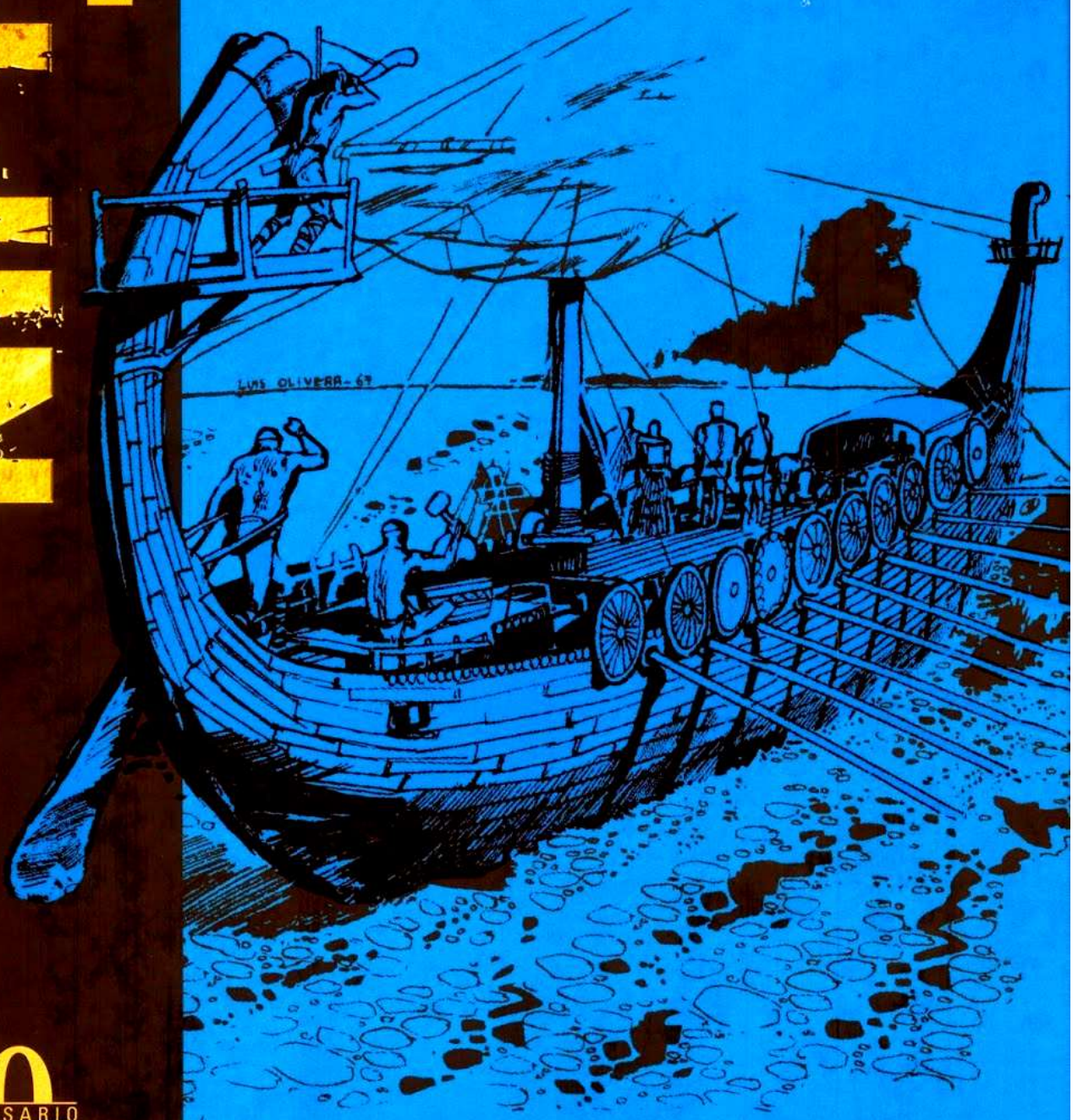


# NIPUR

DE LAGASH

LA FUGITIVA  
DE LOS HITITAS

ROBIN WOOD  
LUCHO OLIVERA



50  
ANIVERSARIO

**Vol 2**

**LA FUGITIVA DE LOS HITITAS**

**EL VIEJO**

**EN GARTH, AL ATARDECER**

**LA FLECHA SOBRE LAS**

**HOGUERAS**

**EL HOMBRE QUE VINO DE**

**AKAD**

**LA DONCELLA DE LA TIERRA**

**DE MEREM**

**MI NOMBRE ENTRE LOS**

**BÁRBAROS**

# LA FUGITIVA DE LOS HITITAS

Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



Atenas hervía de gente, pues la acertada dirección de Teseo la había convertido en una gran urbe comercial. Por sus apretadas calles se empujaban hombro con hombro cien razas diferentes. Negros, sirios, hititas, tespios, focios, fenicios, egipcios...

Había abandonado el palacio real, donde era huésped, con el deseo de conocer a fondo la ciudad; pero el hedor, el estrépito y la asfixiante multitud, habían hecho morir mi entusias-



Fatigado, me detuve junto a un mesón que servía bebidas y comidas al aire libre y allí me senté. Una joven, de largos cabellos corrió hacia mí.

Noble señor, ¿deseas comer o beber?



Tráeme vino solamente. Si es bueno y está frío te daré una pieza de plata.



El vino era frío y bueno y le di la pieza de plata. Aliviado, estiré las piernas y me dediqué a contemplar una tienda de alimentos levantada frente al mesón y atendida por un sirio plañidero.



Entonces lo vi. Si hubiera sido normal habría alcanzado los dos metros, pero una atroz joroba lo partía por el medio. Su rostro era chato y brutal y sus largos brazos apretaban un bolsito de piel contra su torso de barril.



Vaciló un momento en la calleja, víctima de las miradas espantadas de los transeúntes. Nuestros ojos se encontraron.



Se me acercó bamboleándose como un buey rengo. Pude ver sus músculos gigantescos emergiendo de entre los harapos.



Honorable señor, tengo algunas baratijas para vender. Tal vez te interesen...

Despertó mi curiosidad. ¿Qué podría vender este coloso lisiado?



¡Veamos...



¡Por Samás!

Su voz sonó temerosa.



¿Qué? ¿No te agrada?

¡Es increíble!

¡Esto es maravilloso! ¡Es una obra de arte!

¿Crees realmente que es bueno?



¿Cuál es tu nombre?

Me llamo Borak.



¡Muchacha, trae otro jarro! ¡Siéntate, Borak...!

¿Sentarme? ¿Contigo?



Hablé claro. ¿Por qué preguntas?

Señor... la gente huye espantada ante mí. No... no es usual que un caballero... tú comprendes.



Yo soy un guerrero, Borak. Para mí un hombre es un hombre y mientras no ensucie su lengua o su mano con villanía, puede sentarse a mi mesa.

Gracias, señor... por el vino... y por tus palabras.



En cuanto a tus joyas, no he visto nada igual en todo el mundo conocido. Es obra de un artífice genial. ¿Las hiciste tú?



Sonrió orgullosamente y me mostró sus enormes manos nudosas.

¿Con estos dedos? No, Las ha hecho mi hija.



Bien, te compraré la pulsera y esos collares. Obsequiaré con ellos a la mujer del rey Teseo.

Gracias.



Lo vi cruzar a la tienda del sirio y hablar con éste. Luego cargó un saco con alimentos y entregó al comerciante una pulsera, tras lo cual se fue calle abajo.



Entonces el sirio comenzó a chillar.

¡Al ladrón! ¡Al ladrón!



El pobre gigante se detuvo helado de estupor. Un grupo de soldados lo rodeó. El sirio corrió hacia ellos tirándose de los cabellos y llorando a gritos.

¡Me ha robado alimentos y joyas! ¡Están en ese bolsito de piel! ¡Son mías!



Reconocí al jefe de los guardias, un gallardo joven llamado Dosio. Sonrió al verme.

Salve, Nippur, es un placer verte.

Salve, Dosio.



Creo que puedo ayudarte en este problema, pues he sido testigo de todo.

¿Has visto cuando el monstruo deforme me robó?



Me desagrada la boca de ciertos hombres y carezco de diplomacia.

¡Ahhh!



Puedes llevar a un verdadero ladrón a las mazmorras de tu señor, Dosio. La transacción fue honesta. Este hombre compró los alimentos y las joyas son de él.



Yo mismo le compré algunas, unos minutos antes.

Tu palabra es bastante, Nippur. Esto le costará las orejas al ladrón.



Dosio se fue arrastrando al sollozante sirio, Borak me miró tímidamente.

No sé cómo darte las gracias. ¿Tal vez aceptarás estas pulseras?

No, Borak.



Su rostro se entristeció y me apresuré a explicarle.



En mi tierra no se aceptan pagos de un amigo. Tú compartiste mi mesa, por lo tanto te he brindado mi amistad. ¿Comprendes?

Su rostro deforme se suavizó raramente con la sonrisa.

Gracias, señor. Aún no sé tu nombre.



Me llamo Nippur. Nippur, el hombre de Lagash, como me llaman.

Pensé que no volvería a encontrar a Borak, pero los dioses habían trenzado nuestros caminos de manera curiosa.

Ven, Nippur, acompáñame. Debo atender a una delegación de hititas.



No eran comerciantes sino gente de guerra, polvorientos y de rostros crueles. Los hititas son una raza fuerte, de grandes narices y frentes anchas. Tienen demasiado orgullo por el sólo hecho de ser buenos guerreros y mejores saqueadores.

Señor, mi nombre es Scharabalin y he venido en representación de mi señor Thaler, grande del país de Hattí,



Su idioma no es florido como el cretense o grato al oído como el heleno. Se asemeja más bien a un ladrido áspero y gutural como el de los chacaes del desierto. Me desagradaron.



¿En qué puedo serte útil, Scharabaim de Hatti?

Scharabaim debió pensar que Teseo era tonto pero no tardó en descubrir su equivocación.

¿Quieres decir que tu señor envió un piquete de guerreros expertos y a un noble como tú a través de más de diez países, tan sólo a perseguir a una esclava?



Vengo en persecución de una esclava que se fugó de los dominios de mi señor. Tengo órdenes de llevarla de vuelta, junto con el villano que la acompaña.



El hitita se incomodó. Su única habilidad era dar espadas y estocadas. Su don de diplomacia era peor que la de un porquerizo. Sólo atinó a balbucear.

Esas son las órdenes de mi señor...



Teseo se puso de pie y su voz fue helada y amenazante.

Pero el señor de Atenas soy yo, Teseo. Y mi palabra es ley aquí y cuando mi palabra no basta, habla mi espada. Dame los nombres de ambos.



Pero recuerda bien, hombre de Hatti, que deberé juzgar el caso tras haber oído ambas partes; por lo tanto los dos fugitivos deben comparecer ante mí.





El villano se llama Borak y la esclava, Gala.



Abandonaron la sala con gran estrépito de armas y escudos.

No tienen la más mínima intención de cumplir mis órdenes.

Es mejor que te adelantes a ellos.



¿Qué quieres decir?

Encuétralos tú primero.



Íeseo sonrió.

Adivino que algo sabes de este asunto, Nippur, pero no te haré preguntas. ¿Quieres encargarte de buscarlos?

Me sería agradable.



Muy bien. Dile a Dosio que reúna una docena de hoplitas y que te acompañe.

Gracias, también llevaré a Ur-EI.



Hmm, de eso no estás muy seguro, Nippur.



En efecto; de eso no podía estar muy seguro.

¿Irme de aquí a buscar a un jorobado y a su hija posiblemente más jorobada aún que él?

¡Estás loco!



Pensándolo bien, tienes razón. Es posible que tengamos un encuentro con los hititas y haya pelea. Sí, tienes razón. Es mejor que no te arriesgues. Ya te contaré a la vuelta.



Claro que sí...



... tengo razón... y ...



¡Maldito seas!



Nunca te entiendo, Ur-EI. Desdeñas comodidades, buenos vinos y hermosas mujeres para buscar a un jorobado y a su hija posiblemente más jorobada aún.

¡Cállate!

Dime, Ur-El: ¿Dónde te esconderías si fueras un fugitivo y tuvieras un saco de alimentos?

En las montañas.



Entonces, allí vamos.

¿A las montañas? Me alegro de haber venido.



A la vista de las alturas escarpadas los ojos de mi amigo se volvían dulces y melancólicos. Yo sabía que estaba mirando por dentro otras montañas muy lejanas, Aquellas donde vagara semisalvaje en su mocedad. Las blancas montañas de Elam; las rocas de los dioses.



Abandonamos los caballos y nos lanzamos a buscar por los senderos de cabras. Los hoplitas, guerreros pedestres, no daban señales de fatiga; pero Ur-El parecía volar sobre las piedras.



Era sorprendente ver su inmenso cuerpo de dos metros de altura, brincar sobre las rocas casi sin tocarlas; ágil como un leopardo, feliz como un niño.



Yo lo comprendía bien. Había cerrado su mente a la realidad y rememoraba su tierra de rocas bravías y de hondos precipicios. Era su tierra cruel pero querida como ninguna.



Dos días enteros vagamos sin rumbo por los montes. Así fue que hallamos el campamento abandonado.

Hubo un grupo de hombres acampando en este lugar; creo que eran guerreros, por el orden de los caballos.



¿Qué crees, Dosis?

Hítas.



Al día siguiente...

¡Señor, mira!



Parece una cinta de cabellos.



La roca erró a Dosis por el filo de un caballo. Era enorme y pesada y se hundió con gran estruendo en la tierra del desfiladero.

¿Por Poseidón!



El reaccionó primero. Con un prodigioso salto se encaramó en las peñas y corrió como un gato hacia las alturas donde desapareció.





El aviso estaba de más. El joven heleno ya estaba trepando con la espada cruzada a la espalda.

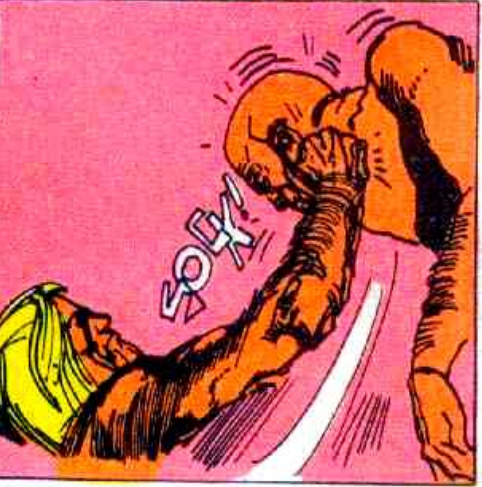
Cuando llegamos, el espectáculo nos dejó mudos.



En un pequeño anfiteatro natural se enfrentaban los dos colosos. Ur-Ei, gigantesco y hermoso como un dios y Borak, contrahecho y espantoso como un titán del Averno, pero feroz y mortífero.



Vi sus manos deformes y nudosas cerrarse como pinzas de bronce sobre el cuello de Ur-Ei.



Con una repentina llave de lucha al estilo de los heienos, Ur-Ei arrojó a Borak contra las rocas.



Creí que la pelea había terminado pero me equivoqué.





Con algo parecido a un ronquido sordo, el gigante cayó a tierra, pero ensangrentado y maltrecho comenzó a levantarse otra vez.



¡Tiene el coraje de un león!

En ese momento ocurrió el milagro.



¡Basta! ¡Basta de lucha!

Corrió y cubrió con su cuerpo al gigante. A mi lado sentí la exclamación ahogada de Dosio.



Creí llegado el momento de intervenir.

No tienes necesidad de proteger a nadie, niña. ¿No me recuerdas, Borak?



¡Señor! ¿Vos?

Mas... no entiendo... Gala, él es aquel caballero de quien te habló.



¿Por qué nos atacaste?

Os confundí... con cierta gente malvada que me busca.



¿Con los hititas?

¿Cómo sabéis?

Armamos el campamento y durante la cena, Dosio habló largamente con ambos. Cada vez que miraba a la joven le fallaba la voz y ella se ruborizaba.

Así es que mi señor Teseo te brinda protección y justicia.



¿Es tu señor honrado?



El rey de Dosio es mi amigo, Borak. Su palabra vale como el oro y su justicia es dura y justa como la espada de un guerrero.

Entonces, Dosio, hombre de Atenas, me pongo bajo la protección de tu rey. Y también mi hija adoptiva, Gala.



¿No es hija tuya?

No, La hallé cuando era niña entre los restos de una caravana destruida por los bandidos. La crié conmigo. Cuando fue mayor gustaba de trabajar con artistas, dibujando en la tierra. Entonces le traje cobre para labrar.



Un día la vio Thaler, general del rey de Hatti y tuvo codicia de ella. Envié sus soldados a buscarla, pero los detuve con rocas. Luego hui.



Una gran terquedad se despertó en Thaler. Envié a sus mejores hombres tras de mí. Y así es que, perseguido, he llegado hasta aquí.

Tu peregrinación ha terminado, Borak. Ahora estás bajo protección de Atenas.



Impulsivamente, la joven tomó una mano de Dosio y se la besó. El pobre joven enrojeció como una remolacha.

Gracias, Heleno, Eres generoso.



En la mañana siguiente, antes de que el sol dorara las montañas, nos pusimos en marcha. Dosio caminaba al lado de la joven sacando pecho, pero tartamudeando cada vez que ella le dirigía la palabra.



¿Es buena persona ese joven, señor de Lagash? Lo pregunto porque veo que Gaia se siente atraída por él.

Ninguno hay mejor que él, después del rey.



Scharabalin surgió repentinamente ante nosotros, rodeado de sus hititas de corvas narices y anchas espaldas.



¡Deteneos! ¡Lleváis con vosotros dos esclavos que me pertenecen! ¡Los reclamo!



Nada tienes que reclamar, hombre de Hatti, Estos dos extranjeros se hallan bajo la protección del rey de Atenas.

Mi espada nunca oyó hablar del rey de Atenas.



¡La mía te hablará de él!



Nos atacaron rápida y ferozmente, pues eran guerreros expertos que sólo sabían de lucha.



Pero los hoplitas de Teso no eran carne de ganado, sino hijos de mil batallas.



El y yo avanzamos trazando molinetes con nuestras hachas de combate.



Vi a Borak derribar a un jinete, asiéndolo de las piernas.





No... ¡No! ... Nnnn...

Fue una muerte cruel para un hombre cruel...



El resto de los hititas ni siquiera pudo huir. Hombres del desierto, eran torpes entre las rocas, y los hoplitas los cazaron a punta de lanza y de puñal.



¿Estás herido? Temí...

No... yo... sólo... no, no estoy herido...



Mira el viejo milagro, Nippur, El guerrero capaz de romper espinazas, que ante los ojos de una doncella se vuelve de cera tibia.



Teseo se movió incómodo en su trono, pues aún era muy joven para estar quieto mucho tiempo.



Tus penalidades han terminado, Borak. Si lo deseas, tengo un puesto para ti en mi guardia.

Señor... soy deforme.

¡Ah, eso! Tengo guerreros muy gallardos que no tienen fuerza suficiente para atarse las sandalias. No me discutas.

Se hará como digas, señor. Gracias.



¡Tú, Gala, puedes vivir con mi esposa, Atenas necesita orfebres. Los mejores.



En el jardín del palacio, Borak, tímidamente se sentó a beber con nosotros. Vimos pasar a Gala junto con Dosio. El pobre joven parecía muy incómodo.



¿Sabes, Borak, que Dosio va a casarse?

—No lo sabía. Nada me dijo. Yo creí que...  
—El no lo sabe. Es más, él es el único que no lo sabe.



Borak me miró confundido. De pronto entendió y sonrió. Luego comenzó a reír estruendosamente y todos le hicimos coro.

Fin

# NIPPUR de LAGASH

## EL VIEJO



Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

El llamado del cuerno ascendió por los aires, ingrúvido y metálico como la voz misma del cazador. Un alarido jubiloso resonó en todas partes.

El rey Teseo, de Atenas, había organizado una cacería para honrar a los enviados de Egipto, a la cual seguirían fiestas y agasajos.



Ur-El y yo nos lanzamos por la floresta con los arcos listos. Habíamos rechazado los caballos pues sabíamos por experiencia que entre el follaje eran más un estorbo que una ayuda.



Cerca mío galopaba Talimfades, primo de Teseo, un joven iracundo y propenso a los ataques de furia, pero un excelente cazador y mejor jinete.



De pronto saltó el ciervo.



El ciervo cayó de costado con la flecha clavada en el cuello.



Toda la floresta hervía con los gritos, los ladridos y los relinchos. El cuerno seguía sonando con enloquecedora insistencia.



Cerca mío divisé a Teseo. El joven rey heleno parecía volar sobre el manto de hierbas y hojas secas buscando su presa.



¡Buena caza, Nippur!



Lo vi detenerse junto a un árbol seco y allí se arrodilló.



Lo esperamos y...





Un escalofrío de horror me corrió por la espalda. Corrí junto a él, desenvainando mi cuchillo.

De un profundo tajo abrí la carne, allí donde un orificio oscuro indicaba el lugar en que el insecto atacara. Lo hice sangrar con furia en la esperanza de extraer el veneno. La caza había terminado.

El regreso fue silencioso y triste. Delirante sobre una parihuela hecha con lanzas, yacía Teseo.

El Viejo Maimón, el médico de palacio, abrió los brazos con ademán impotente.

Talimíades no parecía inquieto y eso me desagradó.

Ur-EI lo contempló con ojos despectivos.

Nada puedo hacer. Mi ciencia es limitada y sólo puedo aconsejar esperar.

Debemos nombrar un regente, entonces.

¿Para qué necesitas un regente, Talimíades? Tu rey aún está vivo.

Sólo pensaba en Atenas.

Deberías pensar un poco más en tu rey. Trata al menos de disfrazar tu regocijo.

¿Cómo te atreves?



¡Quietos! ¡Malditos sean los dos!

Maimón, no quiero ofenderte, pero no me apetece la idea de esperar sin hacer nada. ¿Hay algún médico al que se pueda recurrir?



Maimón era un hombre honesto y no le molestaba reconocer la mayor sabiduría de otros.



Creo que sí, Nippur. Hay un hombre muy sabio que vive en las laderas del monte Taigeto.

Su edad se pierde en la bruma del tiempo pero puedo asegurarte que su sabiduría es real y valiosa como el oro puro. No sé si podrás convencerlo de que te ayude pues rehuye el trato humano.



¿Cómo se llama?



No lo sé. Nadie lo sabe. Todos lo llaman El Viejo. Nada más puedo decirte sobre él.

Bien, Ur-El. ¿Vendrás conmigo?



Por supuesto. Iré a preparar mis cosas.

Antes de abandonar la sala me volví. Tali-miades, erguido sobre las grandes losas negras, nos contemplaba.



Nuestro equipaje fue liviano. Espadas y arcos y una bolsa de cuero con carne seca y maíz. Luego, acompañados por varios jinetes, llegamos hasta las estribaciones del Taigeto. Allí nos despedimos.

Aguardad con los caballos listos aquí durante quince días. Esperamos estar de regreso antes de ese tiempo.



El Taigeto se alzaba pedregoso y pesado bajo el cielo heleno. El sol era una espesa lava de oro que convertía nuestros pasos en una procesión de dolor.



El sol, arriba, girando amarillo y cruel... y abajo los duros guijarros, la roca polvorienta...

¿Cuánto crees que tardaremos en encontrar a esa momia?



Espero que lo hallemos mañana o pasado.

Nippur... no me ha gustado la conducta de Talimíades.

Es normal. En toda corte hay un oportunista ambicioso.



Desea la muerte de Teseo, una muerte que lo deje a él libre, sin culpa ni mancha para poder izarse hasta el trono, de ser posible.



¡Bah! Cuando vuelva le hundiré las narices. Ahora... a dormir.



Mira, Nippur. Allá arriba veo una caverna.

Sí. Y hay alguien sentado frente a ella.



Cuando nos hallamos ante la cueva, vimos a un enorme bruto de rostro bobalicón, sentado con las piernas cruzadas que jugaba con piedrecillas de colores.



Los dioses sean contigo. ¿Es ésta la morada de El Viejo?

Nos miró un momento y luego lanzó una risita y siguió jugando con sus piedrecillas.



Creo que tendremos que averiguarlo nosotros mismos.

La caverna era oscura y húmeda, pero el piso había sido cubierto por numerosas alfombras, algunas nuevas y costosas y otras viejas y polvorientas.



Allá veo luz.

La caverna terminaba en una especie de plataforma subterránea donde ardían numerosas antorchas. Allí se amontonaban trozos de oro y osamentas de bueyes, cascos y pieles, lanzas, estatuas y algunos esqueletos humanos.



¡Por los dedos de Samás! ¿Qué es esto?

Este es mi reino, Nippur de Lagash.



Era él. Parecía un pequeño mono arrugado pero sus enormes ojos eran vivaces y relucían en la penumbra como los de un gato.



¿Eres tú ese que llaman El Viejo?

Ese soy yo.



No te diré mi nombre pues ya lo sabes. Mi amigo se llama...

Se llama Ur-El, el-de-gran-fuerza.



Anciano. ¿cómo lo sabes? ¿Alguien te ha hablado de nosotros?

Sus pequeñas y esqueléticas manos acariciaron una de esas hermosas flautas helenas de dos picos y habló sin mirarnos.



Yo hablo con el viento y con el relámpago que espanta a reyes y bestias, hablo con los pequeños seres que corren sobre las olas y con las aves de rapiña que se columpian sobre las rocas, pero no hablo con los hombres.

Lo que sé de vosotros no me ha llegado de labios humanos. Sé muchas cosas de los hombres. Podría decirte tu futuro pero entonces la vida te sabría a cenizas. Por eso no hablaré de los tiempos por venir.



En cambio, quiero oír de tus labios los motivos de tu venida. El sendero es de polvo y fuego hasta aquí. Debes tener un motivo muy fuerte.



Sí, lo es. El rey Teseo de Atenas agoniza y sus hombres de ciencia son impotentes para salvarlo. Por eso vine a buscarte a ti.



Has hecho inútilmente el camino.



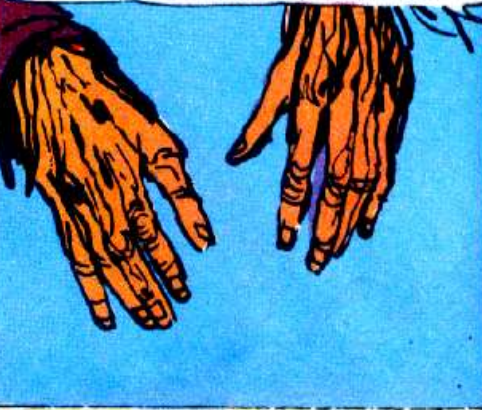
Pero... ¿no comprendes que el rey va a morir?

Nippur de Lagash, mi memoria flaquea ante el recuerdo de los reyes y de los reinos que he visto caer. Yo mismo fui rey en la edad en que las hachas y las espadas eran de piedra.



Fui guerrero y vi hundirse más reinos. Luego, mientras los años seguían corriendo, los reyes continuaban fundiéndose con el polvo y las murallas de las grandes ciudades se volvían escombros y maleza.

Y ahora tú vienes a pedirme que te ayude a salvar la vida de un rey. Un rey. ¿Qué es un rey? Apenas un hombre. Se morirá, su destino está ya marcado. ¿Para qué luchar contra eso?



El rey puede cubrirte de oro.

¿Oro? ¡Bah! Mira a mi alrededor. Soy más rico que cualquier rey y además no me importa. ¡Oro! ¡Carroña para los hombres!



Cualquier cosa que desees te será otorgada.



Ur-El desenvainó su espada y el ruido hizo resonar ecos en todo el ámbito de la caverna.



¡Puedo ofrecerte tu vida! ¡Si no vienes la perderás para siempre!

El Viejo rió cascadamente.



¡No seas tonto! ¡Los chivos negros de la muerte no balarán aún por mí!

Detente, Ur-El. No es ésa la manera.



Escúchame anciano, no es la codicia ni el interés lo que me ha traído a tu presencia, sino el afecto. El afecto, no a un rey sino a un hombre justo llamado Teseo.



Nada significa para mí el brillo de su corona o el tintinear de su oro, pues soy hombre mortal y con conciencia de ello. Pero sí significa y mucho, la riqueza de su justicia y su pureza de corazón.



Has dicho que los reyes sólo polvo son. Es cierto, pero el polvo de reyes como Teseo será la argamasa que alzaré un monumento prodigioso para los hombres y sus hijos.





¿Y qué será ese monumento? ¿Cómo se llamará?



Tal vez se llame... paz.

Un silencio pesado y extraño descendió sobre la caverna. Solamente se oía el revolotear de los murciélagos y el gotear del aceite de las antorchas. Por fin...



Nippur de Lagash...

... eres un loco, pero tu locura es más hermosa que todas las corduras. Quizás vivas en el error pero tu error es dulce para mis oídos.



¿Serías capaz de ofrecer tu vida a cambio de la de Teseo?



Pensé un momento y recordé a aquel joven valiente y hermoso como una llama que luchaba en el Laberinto.

Anciano, yo sólo soy un aventurero. Mi vida no cambiaría nada ni mi muerte tampoco. En cambio, Teseo dejará una huella tras él. Además es mi amigo. Toma mi vida si la quieres, pero sálvalo.



No dijo nada. De pronto golpeó dos piedras y volaron las chispas. Un recipiente de aceite que se hallaba ante él estalló en llamaradas. Espantado retrocedí.



No te asustes, Nippur.

Su rostro iluminado por las llamas se veía rojo y negro y brillaban los charcos verdes de sus ojos.



Salvaré a Teseo, pero en los años futuros caerá sobre él una desgracia espantosa y tú te llenarás el cabello de cenizas por haberle devuelto la vida.



En cuanto a ti, las llamas me hablan de tu futuro. Veo una ciudad de blancas columnas y veo un trono. Veo carros de guerra y miles de gargantas que gritan tu nombre y el de tu amigo. Y veo una mujer que viene del Nilo...

Las llamas se redujeron y luego desaparecieron.



¡Continúa! ¿Qué más?

No hay más. El fuego se ha callado.

Con un mazo de piedras hizo resonar un gran escudo de bronce. No tardó de aparecer el gigante de la entrada.



Este es uno de mis nietos. Cuando sus padres vieron que los dioses habían quemado su cerebro quisieron matarlo pero yo se lo pedí y me lo dieron gustosos.

Los años ligaron mis piernas a la muerte, así es que mi nieto debe suplirlas. ¡Levántame!



Con un movimiento cuidadoso y gentil, el gigante tomó al anciano entre sus manos y lo colocó sobre un hombro.



El sol había descendido mucho sobre el flanco de las laderas cuando dejamos la caverna.

¿Quieres ir ya o prefieres esperar el nuevo sol?



Prefiero ir ya. La fiebre debe estar clavando sus dientes en Teseo.

Una gran luna amarilla subió al cielo y el grito de los pájaros nocturnos voló de roca en roca.



Y allí íbamos nosotros. Ur-El, el mejor montañés, a la cabeza eligiendo el camino; luego El Viejo y su portador, y yo cerrando la marcha.



Era ya cerca de la madrugada cuando nos detuvimos para descansar un rato.

Prepararé algo de comer con nuestras provisiones.



El Viejo, sentado junto a una roca, soplaba su flauta y la fina y suave melodía se izaba por las rocas para disolverse en el viento.

¿Por qué soplas un solo pico, anciano? ¿No sirve el otro?



Es un secreto, Nippur de Lagash.

La lanza se apoyó duramente contra mi pecho y luego otra contra mi espalda. Una voz ronca me ordenó:



¡No te muevas, sumerio, o eres hombre muerto!



Ur-El estaba acuchillado junto a la hoguera, inmóvil, enfrentado a dos asaltantes que lo apuntaban con sus arcos tensos y las flechas centradas en él.

Y entonces apareció.

Salve, Nippur. Veo que eres inteligente y no te mueves.

¿Tú?



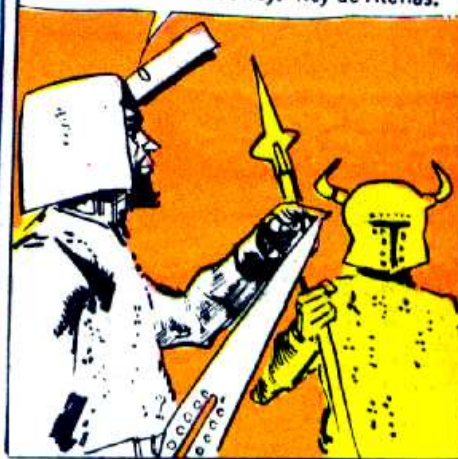
¿No te lo imaginabas?

No. Aún no había reconocido tu olor, pero ahora sí lo reconozco. Es el hedor de las hienas.



Sonrió. Se sentía triunfante y podía tolerármelo.

¡Bah! Insúltame si quieres, pero cuando muera Teseo seré rey. Rey de Atenas.



En ese momento oyó la flauta del Viejo, quien indiferente a todo seguía tocando.

¡Ah! ¡El hechicero! Está tocando la melodía de su muerte.



Se detuvo ante El Viejo con la espada desenvainada.

¡Eh viejo! ¿Sabes que vas a morir?



Me parecía ver una imperceptible sonrisa en el rostro del Viejo. Lentamente despegó los labios del pico de su flauta y los pasó al otro.

¿No me oyes?



El segundo pico no emitió ningún sonido, apenas un soplo fuerte y ahogado.

¡Ah!

SLUP



Talimíades cayó de rodillas, mirando con horror al Viejo.

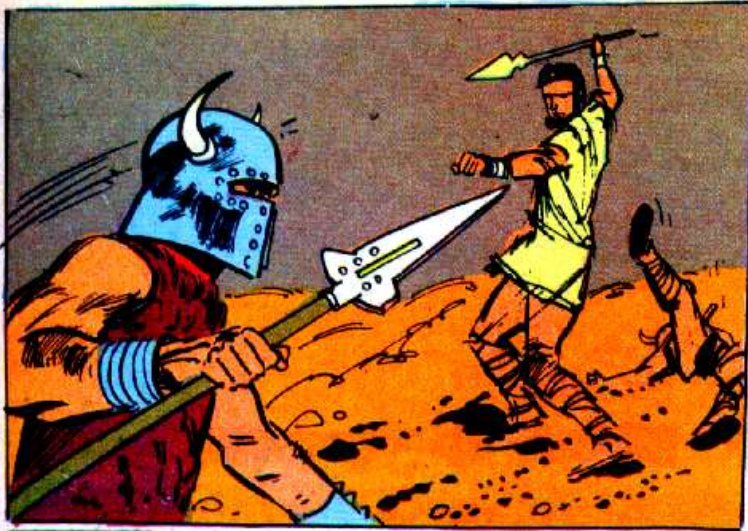
Veo un gran potro negro de ojos de acero que viene por tí, joven de corazón sucio.



Era la oportunidad.

¡A ellos!





El único sobreviviente intentó huir, pero...



¡Ahhhhh!



La flauta del Viejo seguía desgranando su música lenta y dulzona.

¿De manera que ese es tu secreto, Viejo?

Los dioses me protegen pero no está de más que yo me ayude un poco.



Dile a tu amigo que venga. Yo lo curaré.

Gracias.



Contemplé a Teseo que caminaba lentamente por el gran jardín rodeado de sus amigos.

Tu trabajo ha sido bueno, anciano.

No fue difícil.



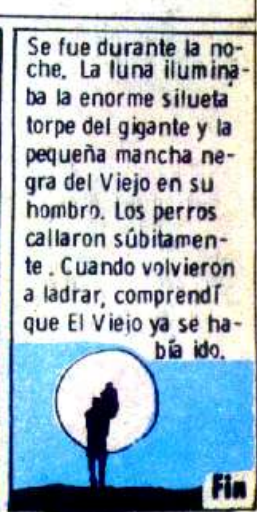
¿Qué harás ahora?

¿Ahora? Volveré a mi caverna a esperar.



¿Esperar qué?

No sé. Los tiempos por venir. El mañana lleno de nieblas. Tal vez la muerte. Tal vez todo. Tal vez nada.



Se fue durante la noche. La luna iluminaba la enorme silueta torpe del gigante y la pequeña mancha negra del Viejo en su hombro. Los perros callaron súbitamente. Cuando volvieron a ladrar, comprendí que El Viejo ya se había ido.

Fin

**NIPPUR**  
de  
**LAGASH**

# EN GARTH, AL ATARDECER

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**



El sendero desconocido tiene una extraña magia para quien lo pisa. El polvo y las piedras le hablan y el viento es todo un gorjeo de rumores. Pero estas piedras eran duras y negras y su viento era cruel, tal vez negro también como las piedras.



Viajábamos más allá de los bosques de los árboles de piedra, de los que oyéramos hablar en la corte de los helenos.



El grupo apareció repentinamente detrás de unas rocas.

Nippur, allí veo dos mujeres.

Sí.



Era una joven de rostro fatigado que llevaba un bulto entre los brazos. La otra mujer era anciana, de alta estatura y ademanes orgullosos.

Los dioses sean con vosotros, forasteros. ¿Quiénes sois?



Mi nombre es Nippur y vengo de Atenas. Soy amigo de Teseo Eréctida, el rey.

¿Eres noble entonces?



Soy noble, señora, en efecto.

¿Entonces brindarás auxilio a una mujer de alta cuna?



Me fastidió la manera de hablar de la vieja bruja y no me molesté en disimular mi desagrado.

Señora, protegería a cualquier mujer, noble o no.



La joven sonrió con dulzura y se me acercó.

Perdona a Ger. Es vieja y tiene un carácter agrio y altanero, pero es mejor de lo que ella misma quiere aparentar.

¡Leini, eres insolente!



En ese momento, del pequeño bulto que la joven Leini llevaba en brazos, brotó un lloro diminuto como una hoja de rocío.

Pero...





La mención del nombre de la ciudad pareció espantarla.

¡Oh no! ¡A Garth, no!

Al caer en la cuenta de mi sorpresa se mostró turbada y balbuceó algunas excusas.

Es que... esa ciudad tiene malos recuerdos para mí... preferiría evitarla.



Bien... si quieres puedo brindarte dos camellos y un guía, para que te lleven hasta tu lugar de destino.

Si puedes hacerlo, los dioses te lo agradecerán.



Toma, es para pagarte las pérdidas que te ocasiono.

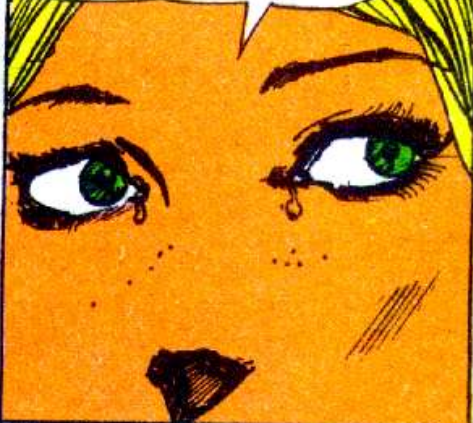


Estudié la pulsera que me entregara. Era de oro macizo, maravillosamente labrada y con incrustaciones de piedras preciosas.

Tu marido era un hombre muy rico, señora.



Sí... era un hombre muy rico.



Toma tu pulsera, señora. En mi tierra hay una roca donde los dioses grabaron con sus dedos de fuego los deberes de los hombres. Yo no cumpliría con ellos si aceptara tu presente.



Nippur, hombre generoso, ¡ojalá tengas un sendero de ríos y fertilidad en tu vida.



Se dirigió a su camello con dignidad de reina. Su deseo era el más sincero y puro que se puede desear de la gente del desierto. Mujer de tierra estéril me había deseado el agua y la tierra negra.



Sube, vieja bruja y pide a los dioses que este camello sea tan paciente contigo como lo fui yo.

¿Es este camello tu hermano? Ambos apestan de igual manera.



Un momento antes de que partieran me acerqué a la joven Leini. Parecía más pequeña y desvalida que nunca, montada en el enorme animal.

Antes de que partas quiero advertirte algo...



¿Qué?

No vuelvas a repetir esa historia que me contaste. No eres esposa de un campesino pues tus manos son blancas y tus uñas aún conservan la tintura de la corte. Además, tus joyas son valiosísimas y repujadas con artesanía y eso no es propio de campesinos.



No sirvo para mentir muy bien...

Y los dioses sean benditos por ello. Hay demasiada gente práctica en ese arte. Ahora vete. Y que Samás te proteja.



Se disolvieron en el horizonte polvoriento como un grano de sombra en el gran arenal del desierto.



Alzamos nuestro campamento y reiniciamos la marcha. Ur-El se acercó a mí. Ella mintió, ¿verdad?

Sí, pero no lo hizo de mala fe.



El pelotón de jinetes apareció al día siguiente. Estaban polvorientos e irritados, armados hasta los dientes. El jefe visible, corpulento y de rostro cosido de cicatrices, se acercó a nosotros con su caballo sudoroso y...

¿Vosotros sois los jefes de la caravana?



Así es.

Soy Serek, jefe de la guarnición militar de la ciudad de Garth y enviado por el rey Suener.



¿Cómo? ¿El rey no es más Talaos?



No. El honorable Talaos, hijo de los dioses, murió hace una semana en un accidente de caza.

¿Y su esposa? ¿Y su hijo?

La joven reina, al conocer la infausta nueva perdió la razón, mató al heredero y se suicidó después.



¿Y tú qué buscas aquí, Serek?



Busco a dos fugitivas de la ley de Garth. Una mujer joven y una vieja, también llevan un niño de meses.



¿Y para capturar a dos mujeres indefensas llevas ocho hombres de armas?

Es que sus delitos fueron graves.



¿Las has visto?

Hubo un brillo de sospecha en los ojos de Serek, pero la cantidad de hombres armados a mis espaldas lo hizo desistir de cualquier intento.

Muy bien. Si me habéis mentido os pediré cuentas.



Ur-El se adelantó hacia él, flexionando sus enormes brazos de luchador y mirándolo con sorna.

¿Por qué no pides cuentas ahora, gordo pomposo?

El pelotón se alejó con gran estrépito de armaduras y espadas. Vi que la dirección que seguía no difería mucho de la tomada por las fugitivas. -Ur-El, prepara un grupo de hombres y caballos.



¿Vas a seguir a las mujeres?

Sí. Tengo una sospecha.



No las alcanzamos ese día, pero 'no nos detuvimos a la noche. Las huellas estaban nítidas en la arena.

¿Crees que las habrán alcanzado los soldados?

Creo que sí.



En el amanecer vimos al grupo que regresaba. Entre un semicírculo de soldados vi a las dos mujeres.

Ven. Vamos a detenerlos.



La expresión de Serek se tornó recelosa al vernos.

¿Qué hacéis aquí, forasteros? ¿Qué buscáis?

Quiero hacer una pregunta a la mujer que llevas.



No puedes. Es orden del rey Suener.

¡Apártate!

Lo embestí con mi caballo apartándolo y me hallé frente a la joven Leini.

Debo hacerte una pregunta.  
¿Eres tú la viuda del rey Talaos?

Si.



Uno de los jinetes, obedeciendo a una señal de Serek me atacó con su lanza.

¡Traidor!



Le descarqué un espadazo en la cara, derribándolo como un saco.



La batalla estalló como un volcán a mi alrededor. Los jinetes se embistieron unos contra otros y los lanzazos hicieron jirones las carnes.

Vi a Ur-El embestir como un jabalí furioso contra el obeso y ahora asustado Serek.



¡Arreglemos las cuentas ahora, guerrero tripudo!

La lanza zumbó junto a mi sien y sentí su filo de bronce cortarme la carne.

¡Ahhhh!



Al ver errado el golpe, el soldado se abalanzó sobre mí empuñando su cuchillo de dos hojas.



Caímos del caballo y rodamos abrazados por el polvo y las piedras. A mi alrededor los alaridos y los relinchos ensordecían.



Por fin conseguí inmovilizarlo contra el suelo y desenvainar mi cuchillo.

¡Ahhhhh!



¡Rápido! ¡Mata al niño!





El guerrero corrió hacia la joven Leini que espantada oprimió al niño contra su pecho. Vi la lanza cruzar el aire.

El cuerpo magro y viejo de Ger cubrió a madre e hijo. Hubo un golpe sordo y escalofriante.



Mi lanza atravesó el flanco del guerrero que cayó sin un grito.



Serek no esperó más. Picó espuelas frenéticamente y cruzó como una tromba el cerco de combatientes. Dos lanzas le erraron por poco y el canalla huyó a galope tendido.



Leini estaba arrodillada junto al cuerpo ensangrentado de la anciana con los ojos arrasados por el llanto.



No llores, chiquilla tonta. ¿Es esa conducta de una reina?



Muéstrame... muéstrame al niño...



Los ojos sorprendentemente dulces de la anciana, contemplaron al niño que lloraba a grito pelado. Consiguió levantar una mano a medias...



¿Ger?



Está muerta, señora. Ven.



Enterramos los cuerpos amigos y enemigos, pues en la muerte no hay diferencias. Luego nos unimos con la joven reina.

¿Qué harás ahora, señora?

¿Qué haré? Huir.



Esa no es la solución, señora. El usurpador seguirá enviando asesinos hasta que consiga eliminar al heredero. Mientras esto no ocurra, no podrá disfrutar tranquilo de su trono mal habido.



¿Qué me aconsejáis?



Tu pueblo cree que estás muerta. Pero si supiera que eso no es verdad, ¿te ayudaría a recuperar el trono?

Sí. No quieren a Suener.



Pero, ¿cómo volver a Garth sin tropezar con los hombres de Suener? Ellos no son gente de mi pueblo. Son mercenarios sirios asesinos.



Trataremos de pensar en algo.

Creo que tengo una idea.



Dentro de un par de días se festeja en tu ciudad la fiesta de las cosechas, ¿verdad?

Así es.



Por lo tanto todo el pueblo estará reunido en la plaza central.

Sí, pero no entiendo.



¡Espera! Y se permitirá la entrada de juglares y bufones para divertir al pueblo.

Sí.



Todo el pueblo de Garth se había volcado en efecto en las calles, pero no se veían alegres. Pelotones de mercenarios sirios marchaban de aquí para allá apartándolos a puntapiés y a lanzazos.

Nos habíamos disfrazado como bufoneros y cómicos trashumantes y en un pequeño carro descubierto llevábamos un gran cesto de mimbre.

¿Qué lleváis allí?

¡Víboras!



¿Víboras?

Sí. Tenemos un encantador de serpientes gigantes entre nosotros. ¿Quieres revisar el cesto?



¡Fuera de aquí! ¡Llévate tu maldito cesto, tus malditas víboras y tu maldito encantador!

En un costado de la plaza se había levantado el gran palco real, rodeado por un cerco de sirios torvos, armados hasta los dientes. Parece que el buen Suener no tiene mucha fe en el amor de su pueblo.



¡Pueblo de Garth!

Llevamos nuestro carro al centro de la plaza y lentamente, nuestro gran cesto de mimbre comenzó a llamar la atención de la gente. Por fin Ur-El se puso de pie sobre el carro.



Su voz atronó hasta en el último rincón de la plaza. Su enorme estatura y su aspecto extranjero no tardaron en reunir al pueblo alrededor suyo.

He oído en el desierto que estáis de duelo por la muerte de vuestro rey Talaos. He oído que vuestro dolor es tan fuerte que las rocas sudan sangre y que las arenas se vuelven sal.



Y sin embargo... ¿Si la reina no ha muerto? ¿Y si el niño no ha muerto?



¡Cállate! ¡No perturbes a los muertos!



El grito de Ur-El hizo volar espantadas a las dormidas palomas en los aleros.

¡Tú perturbas a los vivos, asesino! ¡Asesino de Talaos! ¡Asesino de tu rey! ¡Pero no conseguiste llegar a ser asesino de tu reina!



Con rápidos golpes de su cuchillo, Ur-El rajó la canasta en dos trozos. Leini quedó así a la vista del pueblo que rugió de asombro.

¡Pueblo de Garth! ¡Aquí está tu reina! ¡Aquí está tu rey! ¡Defiéndelos!



¡A ellos! ¡A ellos, Serek!



¡Abrid paso! ¡Es la orden del rey!

No sé quié gritó primero ni quién golpeó primero. Sólo pude ver la gran ola humana que cayó salvajemente sobre los mercenarios, así como el mar ahoga las hormigas.



Los sirios ni pudieron defenderse. Fueron pisoteados, aplastados, destrozados por la multitud delirante.



Via Ur-El correr a la cabeza de la horda empuñando su cuchillo. Un mercenario quiso detenerlo...



Suener quiso huir del palco.



¡Aquí se corta el hilo de tu vida, usurpador!



¡Ahhhh!



(¿ Para ganar esto mataste? ¿ Para morir así manchaste tus manos? ¡Pobre ambicioso! )

¿ Sigues tu viaje hacia las tierras de los gigantes, Nippur?



Sí. Mis planes siguen aún en pie.

Esto es para vosotros. Habéis rechazado mi oro pero no podéis despreciar este obsequio. Nada os pago con ello. Solamente quiero que recordéis que en Garth, la reina Leini os debe todo y os ofrece todo.



La ciudad de la alta torre quedó en el desierto y la reina Leini en el fondo de nuestra memoria. Caminante, si algún día cruzas por Garth, dile a la reina que Nippur de Lagash aún conserva un brazalete de oro y un recuerdo.



Fin

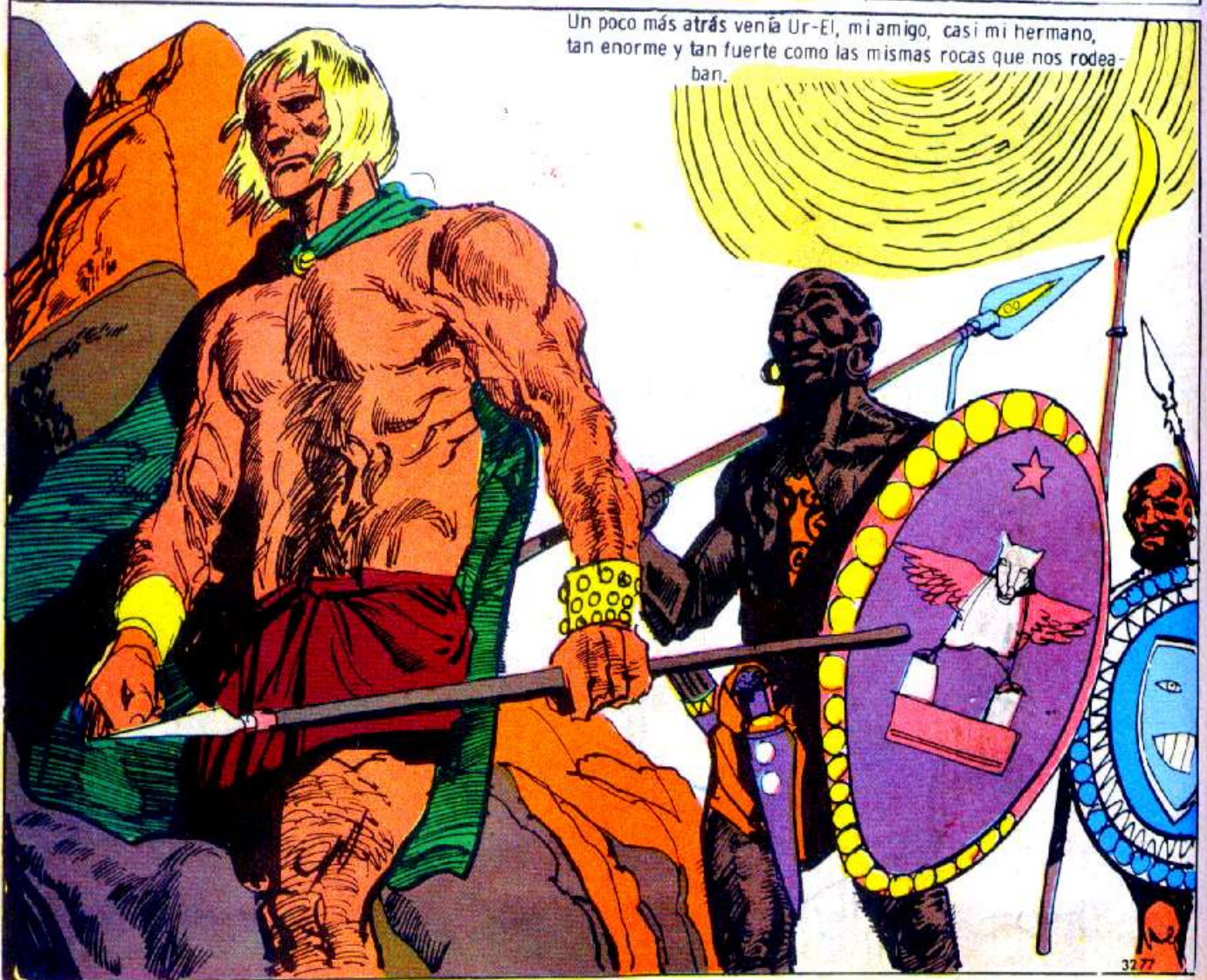
# La FLECHA sobre las HOGUERAS

Por ROBIN WOOD

Los senderos eran escabrosos y difíciles, pero allá en mi tierra, Lagash, a la sombra de las montañas, somos toscos caminantes de piernas fuertes, de manera que la marcha me era fácil y llevadera.

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Un poco más atrás venía Ur-El, mi amigo, casi mi hermano, tan enorme y tan fuerte como las mismas rocas que nos rodeaban.



Durante largas semanas veníamos atravesando los senderos de rocas y arena de la tierra de Khule-Thiet, buscando el Mar con Grillas del que tanto oyéramos hablar.



Es mejor detenernos, Nippur. El sol asciende cada vez más y nuestros hombres están fatigados.

Está bien.



Sólo los hombres sin hogar saben del calor alegre que puede emanar de la hoguera de un campamento.

Ah, ya nos quedan pocas provisiones.

¿Hay tribus pacíficas en esta región?



¡Sí! La de los Belek Rimik, los hijos de la luna.

¿Dónde podremos hallarlos?



¡Cerca del Dedo de Piedra, a poca distancia de aquí.

Mañana iremos a comerciar con ellos.



En la madrugada alzamos nuestro campamento.

Tú y yo iremos al frente. En esta región abundan los leones.



La mañana se deslizó como una gran serpiente de sol. De pronto...



No te preocupes. Es un joven cazando pájaros.



El joven absurdo en su diminuto universo de nidos y espera, no se había apercibido de nuestra presencia. Ni tampoco de un movimiento entre las rocas cercanas.

¡Nippur! ¡Mira allí! ¡Un león!



El joven lo vio casi al mismo tiempo. Empuñando un curvo puñal esperó el ataque de la fiera.



El arco enceraído y adornado devolvió el reflejo del sol.



Hubo un estampido vibrante y el salvaje grito de Ur-El estallando en el aire.

El salto del león se cortó bruscamente.



Mi flecha siguió a la de Ur-El y la bestia quedó inmóvil entre un remolino de polvo.



¿Quiénes sois vosotros?

Viajeros que buscan la tribu junto al Dedo de Piedra.



Ya lo sabía.



¿Cómo te llamas?

Reilem. Soy el hijo del jefe de la tribu. Mi padre, Malek se sentirá feliz de recibirnos.



El joven parecía muy servicial y era gallardo pero había un no sé qué de reptilisco en el fondo de sus ojos que me desagradó.

Venid. Yo os guiaré.



Comenzaba a oscurecer cuando llegamos al Dedo de Piedra y nos encontramos con los Belek Rimik. Hombres de pequeña estatura pero vigorosos.

¡Alto! ¿Quién sois y qué deseáis?



Soy Nippur de Lagash. Y deseo comprar provisiones de vuestra tribu. Somos pacíficos.



Bienvenido a mi fuego. Yo soy Malek, rey y sacerdote de mi tribu. Sed mis huéspedes. Pocas veces tenemos la suerte de ver gente de más allá de las montañas.



Mi hijo os indicará dónde podéis acampar. Reilem, ponte a las órdenes de los forasteros.

Seguidme.



Los Belek Rimik eran pastores y comerciantes. Esa noche los cabritos se doraban bajo los dedos de fuego de las hogueras. Reilem, vestido con larga túnica blanca, nos vino a buscar.



Mi padre os espera para partir la carne.

Toda la tribu estaba sentada alrededor de docenas de hogueras. Se oía las música de flautas y tamboriles.



Adeante, extranjeros. La carne está asada y el vino es bueno y espera ser bebido.

Luego de sus palabras de bienvenida nos señaló un hombre gordo y sudoroso que se sentaba junto a él.

Os presento a mi amigo Aquiles, el rey de los comerciantes. Recorre los países conocidos y trueca oro por piedras y trapos por joyas.



Hubo un coro casi obligatorio de risas tras la broma del jefe. Los ojos astutos de Aquiles nos recorrieron de pie a cabeza.

Pero... ¡Sentaos y a comer!



Junto a nosotros se sentó Kafilas, nuestro ayudante negro, uno de los mejores hombres que recuerdo. Y comimos y bebimos.



De pronto de alguna parte llegó un canto lento y triste. Un gran murmullo monótono y doloroso. Vi que los ojos de Kafilas se achicaban súbitamente.

¿Qué es ese canto, Malek?



Fue Aquiles quien me respondió.

Son los hombres de mi expedición que cantan.



Me dí por satisfecho con su explicación, pero luego entre sorbo y sorbo de vino me volví a Kafilas.

¿Es verdad lo que ese hombre dijo?

No amo. Ese era el canto de los esclavos. Yo lo recuerdo bien pues era mi canto.



Estudí mejor a los hombres de Aquiles que vagaban de aquí para allá. Kafilas no estaba equivocado. Eran individuos brutales y crueles que llevaban el sello del negrero en sus rostros.



¿Eres hombre de Sumeria, forastero? Me pareció reconocer tu acento.

En efecto.



Mi nombre es Nippur y vengo de Lagash.



Agradable es la casualidad, hace menos de seis lunas que estuve en Lagash.



Sentí una puntada de nostalgia al oír ese nombre en otros labios que no fueran los míos.

Háblame de mi ciudad, comerciante. Nada sé de ella.



Gime bajo el yugo del tirano Luggal-Zagizi. Yace dormida sin comercio y sin alegría y sólo se oye en ella el grito de los mercenarios en sus calles vacías.



Perdóname, Malek. Abandonaré un momento tu fiesta.

Haz tu gusto. Eres mi huésped.



Me alejé de la fiesta y me sumí en la oscuridad. Quedé solo con el frío manto de las estrellas sobre mí. Un agri dulce dolor me llenaba el pecho. Lagash, mi ciudad de blancas murallas. Mi ciudad de cielos azules.



Sólo el viajero errante, sin hogar puede comprenderme. La ciudad deja de ser ciudad en la bruma de la distancia y se vuelve la esposa, la amante, la madre...

(Lagash... Lagash de blancas columnas...)



Cuando regresé al campamento, todo estaba silencioso y dormido. Me encaminé a mi tienda.



Ur-El dormía pesadamente al igual que el resto de mis hombres. Decidí hacer lo mismo y me envolví en mi manta.



Una cohorte de visiones queridas turbó mis sueños, hasta que...

Pero...



Has hecho bien en despertar, hombre de Lagash, pero no será inteligente que trates de resistirte.



¿Qué significa esto, Malek? ¿Es ésta tu hospitalidad?

El te lo podrá explicar mejor.



En la entrada de la tienda estaba Aquiles.

En Iagash hay una recompensa por tu vida, Nippur. El rey Luqal-Zagizi no tiene el sueño muy tranquilo sabiendo que tú andas libre, vivo y armado.



He sido muy afortunado al encontrarte. Malek y yo nos repartiremos esa recompensa.



Las antorchas crepitaban y hacían centellear las puntas de las lanzas. Nos amontonaron en un rincón del campamento.



Tus hombres me harán ganar una buena suma vendiéndolos como esclavos y tu amigo será ofrecido como luchador para los reyes del Norte.



¡Reilem! ¿Así nos pagas el haberte salvado la vida?



¡Ch eso...!

Te recordaré con afecto, Nippur. Cada vez que gaste una pieza de oro de tu recompensa te encomendaré a los dioses.



¡Perro!

No sé como lo hice pues fue la furia la que me empujó. De un puntapié aparté a un guardia.



No te atr...



Lo golpeé con el puño cerrado apoyando todo el peso de mi cuerpo en el empujón.



Soy un hombre fuerte. Muy fuerte. Pude sentir un ruido seco y estallante en el cuello de Reilem.





Ur-El a su vez aferró a otro de los guardi-  
nes y lo alzó en vilo.

¡Ven aquí, escoria del desierto!



¡Ja, ja, ja! ¿Quieren capturar a Ur-El,  
pequeñitos? ¡Vengan!



¡Ja, ja, ja! ¡Vengan!  
¡Ja, ja, ja!



Con un prodigioso salto se perdió en la  
oscuridad. Quise seguirle pero un fuer-  
te golpe me derribó.



El despertar fue doloroso y acre para  
mí...

Aqua...



Dadle agua.



El rostro de Malek parecía viejo y amarga-  
do. Sus ojos inyectados en sangre no se  
apartaban de mí.

Bebe, hombre de Lagash. Bebe. Aún tie-  
nes que vivir hasta la noche.



¿Quieres decir...?

Morirá esta noche. Mató a mi hijo.



¡No puedes hacer eso! ¡Luqqal-Zagizi  
no nos pagará nada si no se lo llevamos  
vivo!

No me interesa. Cállate.



Cuando el agua cayó de mi rostro, pude ver que la noche había llegado y que grandes hogueras estaban encendidas. El monótono canto de los esclavos seguía oyéndose triste e interminable.



Malek se aproximó a mí. Vestía todo de blanco y se veía increíblemente viejo y atarido, pero en sus ojos ardía el fuego del odio.



Dentro de una hora, yacerás con el corazón partido por el puñal de piedra, hombre de Lagash.

Pero eso no arreglará nada.

No, mi hijo está muerto.



Te mataré, sí. Y luego podré morir...

Es tu culpa, Malek.



Quisiste correr por un sendero de villanía, traicionaste a un huésped y te aliaste con un traficante de esclavos. Yo salvé la vida de tu hijo pero eso no te importó. Los dioses te han castigado.



No quiero oírte más, Nippur. Soy viejo, pero mi odio es joven. Mis dedos gimen por el cuchillo y mi corazón gime por tu sangre.



Los tambores comenzaron a repicar cadenciosamente. El canto de los esclavos había cesado. Las hogueras atiborradas de leña ardían furiosamente, lanzando lluvia de chispas.



Tironeé las sogas pero fue inútil. Las tiras de cuero crudo me desollaron las muñecas y la transpiración me empañó el cuerpo.



(Es inútil.)

Ví a Malek recibir el cuchillo de piedra de manos de una vieja mujer. Luego avanzó hacia mí. Los hombres de la tribu comenzaron a cantar lenta y sonoramente.



(Lagash de las blancas murallas, voy a ti.)

Las hogueras crujían y llameaban cuando alzó el cuchillo. Pude ver sus ojos amarillentos y su boca desdentada gruñendo maldiciones.



Y un segundo después, el salvaje grito de guerra de Ur-El haciendo pedazos el canto de los tribeños.

¡Gir-Shuh! ¡Aquí está Ur-El de Elam!



La flecha aulló en el aire, sobre las chispas y el rojo de los hogueras.



Lo ví manotear rabiosamente el duro astill de la flecha. Se tambaleó.

Maldito...



¡A ellos!



Salieron de todos lados. Negros de gran estatura, blancos de todas las naciones empuñando aún sus cadenas, armas insólitas pero terribles.



Ur-El llegó hasta mí, aullando como un demonio. Dos tribeños le cerraron el paso.

¡Ah! ¿Queréis detener a Ur-El?



(¡Los esclavos! ¡Ur-El los debe haber soltado aprovechando la distracción de mi ejecución!)





EL HOMBRE QUE  
VINO DE AKAD



Por ROBIN WOOD

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Era un templo pequeño, levantado a las sombra de enormes rocas calizas que lo abrigaban del viento y del sol. En la cúpula, un enorme buitre negro, inmóvil y ominoso clavó en nosotros sus redondos ojos.



A un centenar de metros del templo de los mensajes, mis hombres armaron sus tiendas de piel de cabra y clavaron las lanzas en semicírculo para espantar a los malos espíritus.

¿Ese es el templo?

SÍ.



¡Es tan pequeño! Nadie imaginaría que es lo que es.

Hablas en enigmas.



En épocas inmemoriales, los adoradores de la Serpiente de la Tierra cumplían sus ritos en este lugar. Sacrificaban vidas humanas sobre esas rocas.



¿Y ahora?

La leyenda dice que los fantasmas de los muertos siguen buscando vidas para ofrendar.



Ur-El, estremecido, se arrebujó en su manto. Por debajo de éste, estaba seguro que sus manos hacían el signo de protección contra los malos espíritus.



Volvamos al campamento.

En nuestro largo camino hacia la tierra de los gigantes, nos habíamos desviado para ir a consultar a la Sibila, la mujer de los sueños.



¿Cuándo podremos verla?

Supongo que mañana al anochecer. Mañana es luna llena.



¡Nippur, mira! ¡Un viajero...!

¿Dónde?

Había aparecido en el horizonte, marchando con paso ágil y poderoso sobre las arenas amarillas. Era un hombre de gran estatura y nobles facciones. Llevaba en hombros un saco de alimentos y una lanza en las manos.



Se detuvo a unos pasos de nosotros. Todo en él respiraba dignidad y dureza.

Los dioses sean con vosotros, extranjeros. ¿Quiénes sois?



Por un momento me quedé estupefacto al oírlo hablar, pues lo había hecho en la lengua de mi tierra, en sumerio.

¿Eres hombre de Sumer, forastero?



Había dejado su petate en el suelo y nos contemplaba apoyado en su lanza.

Sí. Mi nombre es Sargón y vengo de la ciudad de Akad.



¿Sargón? Oí hablar de ti. ¿Eres el copero del rey de Akad?

Así es. ¿Quién eres tú?





Soy Nippur de Lagash.

¿Nippur?



Me contempló en silencio durante un largo instante. Luego sonrió y pensé que era un hombre agradable.

Nippur de Lagash.



A veces creí que eras una leyenda y no un hombre. Tus huellas han marcado tantos senderos que a veces dudé de tu existencia.



Oí hablar de ti en Akad, en Tebas, en Creta, en Atenas, en el desierto, en Garth. Me hablaron de ti en sumerio, en griego, en fenicio, en cretense, en las lenguas de las caravanas y en el dialecto aqueo de las costas. A veces dudé de tu realidad. Y ahora te encuentro aquí, en la pupila del mundo.



Y tú debes de ser Ur-El, el hombre-de-la-gran-fuerza, El titán de Elam. En las costas heleenas vi un gran monumento funerario que levantaste a una mujer que amaste. Piedras enormes que un hombre normal no hubiera podido mover. Docenas de ellas apiladas una encima de otra. Y en la cúspide del monolito, una hoguera encendida.



¿Sigue encendida la hoguera?

Sí. Los campesinos a quienes liberasteis de los piratas la mantienen siempre encendida y los barcos que cruzan allí hacen presentes para tener buena suerte en el viaje.



Todos lo llaman el fuego de Thamar.

Thamar...



Entre las brumas del desierto pude ver flotar la imagen de aquella hermosa mujer de cabellos de oro que avanzaba como un rayo de sol, espada en mano entre el fragor de la batalla.

Thamar...



¿He avivado tal vez un mal recuerdo?

No, hombre de Akad. Sólo me has traído llamas de una hoguera maravillosa aunque triste.



Perdona nuestra descortesía. Ven a beber con nosotros el vino del campamento.

Gracias. Será una bendición.

Esa noche comimos los tres de la misma olla como hombres que se respetan en un campo de batalla.



¿Has venido a consultar a la Sibila?

Sí, El rey de Akad está muy enfermo y deseo saber qué ocurrirá al morir.

¿Quién es su sucesor?

No se sabe. No tiene hijos varones, pero sí muchos parientes venales y corrompidos que desean el trono. Hay otros aspirantes además.



¿Tú eres uno de ellos?



Estudió el rostro de Ur-El con cuidado, como tratando de descubrir cuánta confianza podía depositar en mi amigo. Por fin pareció satisfecho.

En efecto, El rey me expresó su deseo de que lo suceda, pero no creo que los demás aspirantes lo acepten sin retaceos.



Por fin decidí venir a consultar a la Sibila. Ella me dirá lo que debo hacer.

Aho, han llegado dos forasteros más y solicitan permiso para compartir nuestro campamento.



Que vengan.

Eran dos hombres corpulentos y de inequívoca presencia guerrera. Uno de ellos se adelantó. Tenía aspecto ancho y humorístico.



Doy gracias por vuestra hospitalidad. Me llaman Toro y mi amigo es Kaxos, el silencioso.

Se sentó con nosotros y comió, charlando sin cesar, mientras su compañero lo hizo en absoluto silencio. Observé que Sargón lo estudiaba de reojo.



¿Has venido sólo con tu amigo?

¡Oh, no!

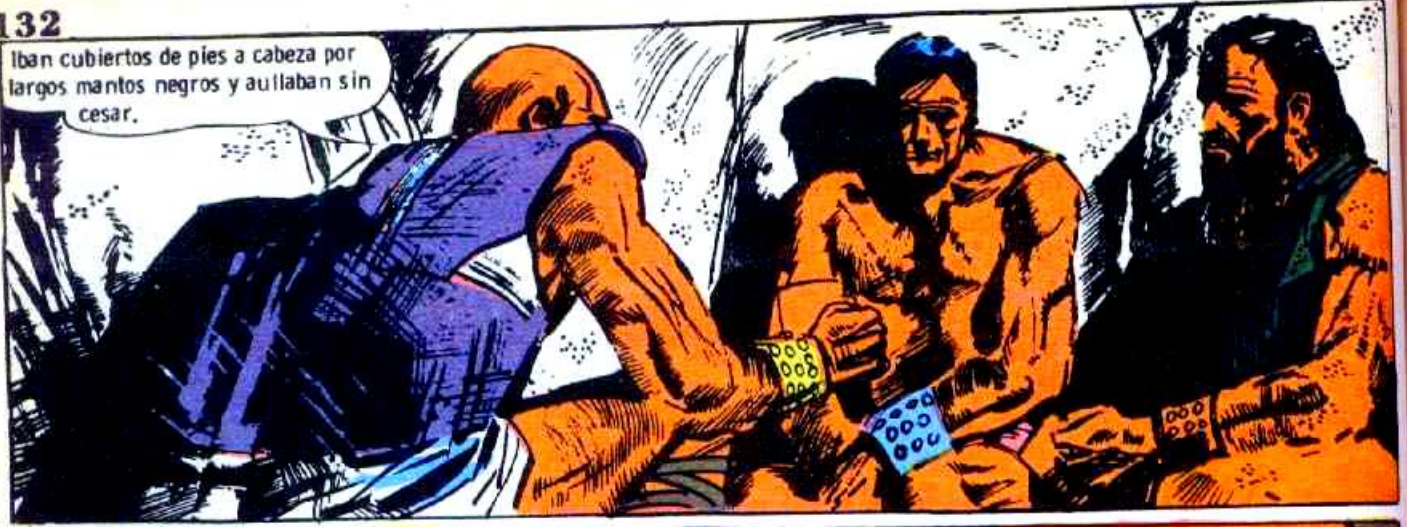
Traíamos seis hombres más con nosotros pero cerca de aquí fuimos atacados y sólo sobrevivimos nosotros dos.



Es extraño. No hay tribus en los alrededores. ¿Cómo vestían tus atacantes?



Iban cubiertos de pies a cabeza por largos mantos negros y aullaban sin cesar.



Una especie de viento frío pareció soplar por encima de las hogueras y todos nos miramos alarmados. Por fin habló Sargón.



Los adoradores de la Serpiente de la Tierra.

¡Sí. Creíamos que ya no existían.

Pero parece que nos equivocamos.



Seguramente buscan víctimas. Saben que son los días del Oráculo y esperan a los peregrinos que llegan a consultar a la Sibila.

Debemos estar atentos.



Sin embargo la noche y el día siguiente se deslizaron en la más absoluta quietud. Por fin llegaron las sombras.

¿Ahora?



Supongo que debemos esperar hasta recibir alguna señal del templo.

Viene una tormenta.



En efecto, el cielo estaba completamente encapotado y un viento huracanado comenzó a levantar la arena en grandes remolinos. En el horizonte, los relámpagos hacían girones la oscuridad.

Parece mal agüero.



No hay agüeros en esto. Es solamente una tormenta.

Creo que es mejor que vayamos ya.

¡Sí!



Dentro del templo vimos una luz chisporroteante por las aberturas de la pared y oímos un monótono canturreo.



¿Es la Sibila?

Penetramos en el estrecho recinto y un fuerte olor aromático nos mordió el olfato.



¿Y la sacerdotisa?

Pero...



Estoy aquí.

Éra alta y delgada y su rostro pálido irradiaba una extraña belleza. Su larga túnica negra caía en largas ondas hasta el suelo. Sus ojos negros y rasgados nos estudiaron minuciosamente. De pronto señaló a Toro y a Kaxos.



Tú y tú. ¡Fuera!

¿No me has oído? Este techo no puede cubrir a los asesinos.



Los ojos de Sargón se clavaron en los dos hombres y puede ver cómo su mano buscaba el pomo de su puñal.

¡Me buscáis a mí! ¡Os han enviado de Akad para asesinarme! ¡Lo sospeché desde que llegasteis!



Detente, Sargón. No es éste el lugar para verter sangre, y vosotros dos, es mejor que abandonéis el templo.



No se hicieron repetir la orden y desaparecieron en las sombras. La Sibila sonrió y sentí un soplo extraño en la habitación.

Sentaos.



Se ubicó en un pequeño banco de piedra y se miró las manos sin hablar. Por un momento creí que se había olvidado de nosotros hasta que...

Sargón... Sargón de Akad...



Tú viniste a conocer tu destino. Eso es un error, pues el sabor de tu vida te lo dará el misterio. Sólo te diré que en tu camino hay nueve tronos.



Es una gran bondad de los dioses que os conocierais aquí, pues vuestros caminos se enlazarán más adelante. Correréis un sendero de guerra que os llevará a la vejez y a la soledad.



Eres cruel...

No, pues mis palabras no son más sino que son vuestros pasos futuros que me hablan. Tendréis coronas y seréis reyes mas no tendréis felicidad.



La felicidad tiene nombre de mujer y en las tablas de vuestro destino no veo el pie de las mujeres. Sólo las ruedas de los carros de guerra y las sandalias de los guerreros.



Y tú, Ur-El, hombre de Elam, tienes que engendrar un niño para dejar tu semilla en la tierra pues el hilo de tu vida se acaba.



Sentí un espanto indecible al oír estas palabras.

Te equivocas, seguramente.



La Sibila me miró compasivamente y meneó la cabeza.

No. Para el hombre de los cabellos rubios se acerca el final. Verá la montaña que ama y luego entrará en la sombra que no tiene fin.



Un fuego de dolor me brotó de adentro. No pude evitarlo. Me golpeé la frente con el puño.

No... no...



Sentí las manos de Ur-El que me enderezaban. Sonreía.

No desesperes, hermano. Si ése es mi destino, bienvenido sea. En alguna parte, Thamar me está esperando.

Abandonamos el templo y salimos al desierto. La tormenta azotaba furiosa y los relámpagos incendiaban el cielo.



¿Dónde están los asesinos?

Aguzamos el oído pero todo era silencio. De alguna parte, llegó el aullido de un chacal.



Creo que...



¡Mira!



Estaban abiertos en semicírculo alrededor nuestro. Altas figuras vestidas de negro. La luz de los relámpagos iluminaba las puntas de las lanzas y las hojas de los cuchillos.

Los adoradores de la Serpiente...

Una de las siluetas se adelantó. Su andar contrahecho nos indicó que se trataba de un anciano.

No os resistáis, forasteros. La Serpiente de la Tierra os ha elegido y sería inútil tratar de huir a su deseo.



¿Qué armas tenemos, Sargón?



Solamente mi cuchillo.

¿Y tú Ur-Ei?

Ahora traeré una.



Retrocedió hasta el templo sin que ninguna de las negras siluetas lo persiguiera.



¿Adónde va?

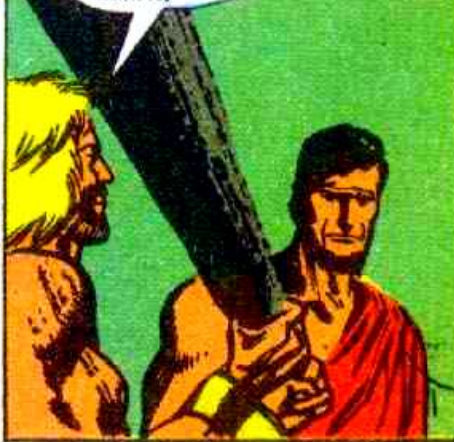
No sé.

Sentí un crujido sonoro y Ur-Ei volvió jadeante, empujando una enorme traca de madera, pesada y alta como un hombre.



¿Y eso?

La arranqué de la puerta del templo. La Sibila no me dijo nada. A decir verdad, sonrió.



Forasteros, hacedme caso. Es un gran honor ser elegido por la Serpiente.



Sargón saltó rápidamente junto a él.



¡Entonces ve y reúnete con ella!

Lo apuñaló certeramente y el sacerdote cayó como un harapo a sus pies.

¡Ahora sí, hijos de serpientes y culebras! ¡Venid!



Lanzaron un terrible aullido y se abalanzaron sobre nosotros. Era como una gran nube de velos negros que nos quisiera ahogar.



Ur-El penetró como una cuña entre los enemigos golpeando con la enorme tranca. Sus efectos eran devastadores.



Soy buena carne de sacrificio, borregos, pero primero tendréis que agarrarme.

A su costado, Sargón se había enrollado el manto en el brazo izquierdo y lo utilizaba para detener los golpes. En el puño derecho, blandía su cuchillo de caza listo para herir.



Del otro lado me coloqué yo y, desarmado, no tuve más remedio que abrirme paso a puñetazos. Por suerte, nuestros adversarios no eran hombres de gran fuerza física y pude mantenerlos a raya.



Conseguí echar mano a uno de ellos y le rompí el cuello con una llave de lucha griega. Eso me permitió tomar su espada.

¡Ahora sí!



Avanzamos luchando contra nuestros enemigos. De pronto...

¡Nippur, mira! ¡Han capturado a Toro y a Kaxos!



Sargón actuó por instinto, creo. Fue ver a dos hombres conocidos prisioneros lo que lo hizo obrar así.

¡Paso! ¡Paso perros negros!





El cuchillo de Sargón sajó las ligaduras de los dos prisioneros, mientras nosotros conteníamos a la horda.



Toro rugió de entusiasmo al sentirse libre.

¡Ahora ajustaré cuentas con esta carroña!



Saltó entre nuestros atacantes y los embistió a puntapiés y puñetazos. Demostraba conocer a fondo los secretos del pugilato.



¡Ahhh!

La lanza se me clavó en la cintura y retrocedí sorprendido, pero tuve tiempo de atravesar con mi espada el rostro de mi heridor.



¡Ahhhh!

Otra lanza se hincó en mi cadera y caí. Vi ante mí las piernas de mi atacante y...



Observé un cuerpo cerca mío. Reconocí al silencioso Kaxos, ahora más silencioso que nunca, con varias lanzas en el pecho.

En ese momento, un rayo cayó atronadoramente y la arena pareció arder y estallar. Los adoradores de la Serpiente se detuvieron espantados.

Sobre la roca... hay algo...



Era la Sibila. Sus negros cabellos flotaban en el huracán y sus ojos parecían brasas en la oscuridad. Alzó un brazo y pude oír su voz dura y fría como el cristal.



¡Hijos del desierto, deteneos! ¡Esta no es la noche de la Serpiente!

¡Bajad las armas! ¡Los dioses no han cortado el hilo de la vida de estos hombres! ¡No debéis tocarlos!





¡No podemos dejarlos con vida!  
¡Mataron al viejo sacerdote! ¡Tienen que morir!



Otro rayo cayó muy cerca. Los escasos atacantes iliosos retrocedieron desalentados mientras Ur-El más enorme que nunca entre la tormenta avanzaba sobre ellos.

¿Quién quiere morir ahora?



Se esfumaron en la tormenta como sombras de un mal sueño. Un momento antes estaban allí y al siguiente habían desaparecido.

Creo... creo que nos hemos salvado.



La tranca de Ur-El giró en un loco molinete y el cráneo del embozado crujió de un modo escalofriante.

¡Cállate!



Sargón se acercó a Toro y por un momento ambos se midieron frente a frente sin hablar. Luego Toro bajó la vista.

¿Quieres aún cumplir tu misión, Toro?

No, señor. Pero sí querría ofreceros mis servicios como escudero.



¿Podré fiarme de ti?

Señor, si alguna vez no obro en vuestro total beneficio que los dioses me sepien en el infierno.



¡Malditos sean todos! Cuando terminen con esos melodramas les aviso que tengo tres lanzas clavadas!



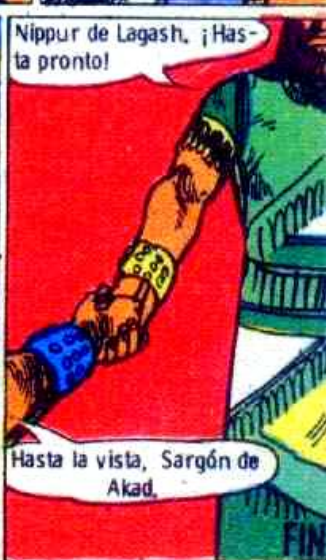
¿Y la Sibila?

Se fue.



Nos separamos de Sargón y Toro en la ciudad de Lether. El hombre de Akad volvía a su ciudad.

No te digo adiós, Nippur, pues ya dijo la Sibila que nuestros caminos se volverían a cruzar. Solo te diré hasta la vista.



Nippur de Lagash. ¡Hasta pronto!

Hasta la vista, Sargón de Akad.

FIN

# LA DONCELLA DE LA TIERRA DE MEREM

Por **ROBIN WOOD**

DIBUJOS DE **L. OLIVERA**

Era una gran residencia de piedra, rodeada por jardines bien cuidados donde las flores descabezaban su sueño de verdes colores. Grandes aves de plumajes delirantes deambulaban de aquí para allá.



Detuvimos nuestros caballos fatigados y eché pie a tierra. Me sentía cansado y envarado y el peso de mi espada me parecía colosal. A mis espaldas sentía los relinchos y juramentos y el entrecocar de armas, junto con los lamentos de los cargadores.

A mi lado, Ur-El se golpeaba las piernas para hacer correr la sangre con más rapidez. Su rostro estaba oscuro y atezado y su cabello rubio, casi blanco por el sol del desierto, hacía resaltar sus ojos celestes como piedras chispeantes.



Miré atrás, donde quedaba por fin el desierto, tras varios meses de lenta y desesperante travesía. Me alegré de que hubiera terminado el viaje.



Creo que debemos pedir hospedaje en esa mansión, Nippur.

Tienes razón.



Entramos nosotros dos, solamente, a caballo, tal como lo prescriben las viejas costumbres.

No creo haber visto en mi vida lugar más hermoso que éste.



No, yo tampoco. Y sólo se halla a un paso del desierto.

En el centro del patio pendía un gong de cobre y una maza. Aferrándola di tres golpes que retumbaron sonoramente en el gran jardín desierto. Sólo nos respondió el soplo de la brisa entre las flores.



¿No habrá nadie?

En ese momento se abrió la gran puerta central y un anciano ricamente vestido, seguido de media docena de corpulentos guardias se encaminó hacia nosotros.



Bienvenidos al palacio de Melkartes, extranjeros. ¿Venís al torneo?



¿Torneo? No sé de qué hablas, anciano.



¿No pertenecéis a ninguna ciudad-fuerte? ¿No venís en busca de la mano de nuestra señora Merielem, reina de Merem?

No, anciano. Somos tan solo viajeros que deseamos hospedarnos esta noche para reiniciar nuestro viaje mañana.



Lamentamos haberte confundido.

¡Oh, no os preocupéis! En nada cambia la recepción. Mi señora Merielem, hija de Melkartes, desea que los viajeros sean atendidos con toda la consideración posible.



Tu señora es una mujer de noble corazón, anciano.



Efectivamente, lo es, viajero. Ahora dejad vuestros caballos en manos de mis criados y seguidme que os llevaré a su presencia.

Desmontamos y seguimos al anciano tratando de acomodar nuestro andar a su paso lento y torpe. Atravesamos corredores y salas de piedra donde resonaba en múltiples ecos el entrecuchar de nuestras espadas.



Por fin...



Adelante. Mi señora los espera.

Era una mujer joven y de belleza dulce y calma para los ojos. Vestía sencillamente y nos recibió con amable cortesía.



Me alegro de veros, extranjeros. Me agrada oír hablar de países y costumbres que desconozco. ¿Quiénes sois?

Mi nombre es Nippur de Lagash, a quien mucha gente ha comenzado a llamar "el errante".



Y a ti, ¿cómo te llaman?



Yo soy Ur-El de Elam y mucha gente me llama de otras maneras... poco agradables.

Rio hasta que se le saltaron las lágrimas mientras apuntaba con un dedo a Ur-El.

¡Eres divertido, hombre de Elam! Claro que un poco deslenguado.

Señora, te suplico que lo disculpes. Su lengua sin freno es el mayor motivo de que yo viva errante.

Espero que cenaréis conmigo. Disfrutaré mucho con vuestra presencia.

Y nosotros con la tuya, señora.

Señora, antes de abandonar tu presencia quisiera hacerte una pregunta.

¿Qué es ese torneo de que nos habló el anciano?

Su rostro dulce y grave, risueño un momento antes, se nubló abruptamente. Creí por un momento que Ur-El había cometido una grave indiscreción.

Ese torneo del que habló el anciano, es la manera cómo se elegirá mi marido.

Suena un poco tonto. ¿Por qué no lo eliges tú, directamente?

No me agrada ninguno. Y la ley dice que si no tomo marido después de un año de reinado deberá dejarse en manos de los dioses la elección del mismo.

Dudo mucho que los dioses tengan nada que opinar en un festival de mazazos y espadaos.

En ese momento apareció el anciano nuevamente. Ahora parecía asustado.

Señora... ha llegado Bakhr de Asur.

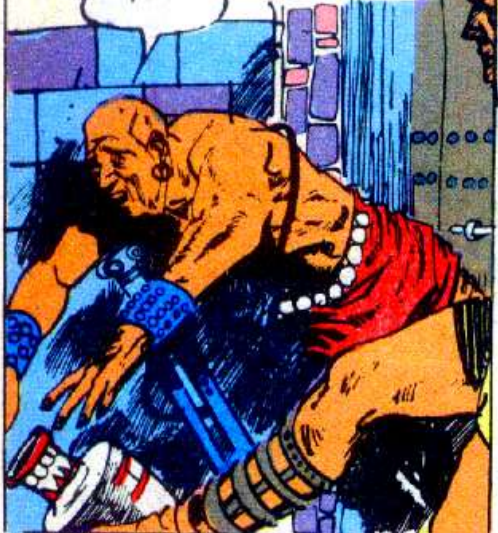
Un fuerte empujón lo apartó y un enorme guerrero de armadura de cuero con dos cuchillos sobre el pecho penetró en la sala. Todas las piezas de su armadura, sus armas y su casco estaban teñidos de negro. Su barba estaba entretrejida con hilos de oro y su rostro cosido de cicatrices.

Te saludo, señora.



Estuve a punto de hundirle los dientes de un puñetazo, pero Ur-El me ganó de mano.

¡Eh!



No puedo decir lo mismo, Bakhr. ¿Es ésta la manera de entrar en mi palacio? ¿Crees aún que estás en la porqueriza que te sirve de morada?



¿Qué te ha ocurrido, terrible guerrero? ¿Has tropezado con esa gran espada que arrastras con tanto esfuerzo?



Un enorme gandul que escoltaba a aquel jabalí humano rio groseramente mientras apoyaba todo el peso de su cuerpo en una gran espada.



¡Hablad así a mi señor por ahora! ¡Cuando salga la luna llena, será vuestro marido!

Déjame que te ayude a levantarte.



Y ahora...



¡Vuela, pájaro de pico sucio!



El gandul se estrelló contra sus propios compañeros, cayendo en caótica confusión de brazos, piernas, espadas e insultos.



El llamado Bakhr parecía más que nunca un jabalí furioso y los hilos de oro de su barba temblaban airados.



¿Cómo te has atrevido a tocar a uno de mis hombres, miserable vagabundo?

Es mejor que vayas a pulir tus modales, Bakhr de Asur, antes que insultar a mi amigo. No tenemos por costumbre en mi país discutir con escoria de mercado.



Trató de desenvainar su espada pero salté junto a él y lo aferré del correa de su armadura. Le apoyé mi cuchillo de dos hojas contra el cuello y su apesetoso olor de sudor y perfumes me golpeó las narices.



Si tratas de tirar de tu espada verás la luna llena, mono de barba tejida.

Vació un momento y por fin ordenó a sus hombres que bajarán las armas. Pero antes de abandonar la sala del trono sacudió airado su puño en nuestra dirección.



¡Me pagaréis esta ofensa, vagabundo!

Creo que tu admirador no nos aprecia, señora.



Me alarmé al ver la palidez que cubría el rostro de la joven. Por un momento creí que estaba a punto de desvanecerse.

¡Señora! ¿Qué te ocurre?



Ur-El la ayudó a sentarse atendiéndola con una solicitud de la cual no lo creí capaz.

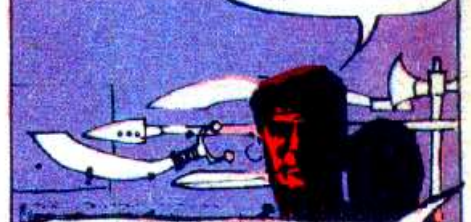


¿Te sientes mal, señora?

Sí. Me siento mal. He visto a la bestia entrar en mi casa como si fuera un cubil y me ha arrojado su seguridad a la cara como si fuera un puñado de basura.



Ha demostrado gran seguridad en su triunfo.



Tienes razón. Es uno de los guerreros más tremendos que han cabalgado en estas tierras. No tardarán en irse la mayoría de mis pretendientes al conocer su presencia.

Entonces... ¿temes que él gane?

Me espanta sólo pensarlo.



En ese momento penetró el anciano en el recinto. En su rostro tenía un magullón sanguinolento, caricia sin duda del jabalí de Asur.



Señora, algunos de los pretendientes os envían sus respetos y se retiran.

¡Já! El jabalí de Asur ha bramado fuerte y todos han corrido espantados al oírlo.



El anciano nos llevó a una gran habitación ubicada sobre los jardines de la mansión.

Es mala cosa esta tradición, Nippur. Convierte a los hombres en esclavos de un animal de fuertes músculos.

Sí. No es buena, pero es la tradición y hemos visto en todo nuestro camino que las tradiciones pesan como los yugos de las carretas.

Esa noche hasta la brisa parecía inquieta y desasosegada y golpeaba nuestras ventanas y sacudía las flores y parecía buscar algo con urgencia. Desde lejos se oía un grosero estrépito de cubiertos y cantos de beodos.

Ur-El se puso de pie y se acercó a la terraza. La luz blanca y lechosa bañó su enorme figura.

De pronto lo vi inclinarse sobre el parapeto observando algo entre la fronda.

El no hesitó. De un tremendo salto abandonó la terraza. Vi su silueta enorme avanzar entre los macizos de flores y los árboles frutales.



El jabalí de Asur y sus hombres festejan por anticipado el triunfo.



Será muy amargo el destino de la joven si ese cerdo llega al triunfo.



Nippur, la señora está en el jardín y creo que llora...



Señora...

¿Quién...? Ah! Eres tú, extranjero!



¿Qué te ocurre, señora? ¿Por qué lloras?

No es nada, extranjero.



Es tan solo miedo...

No debes temer, señora. No temas...



¡Oh, sí! ¡Temo! ¡Tengo mucho miedo! ¡Tengo miedo de esa bestia sucia y cruel!



La joven sintió los brazos anchos de Ur-Ei rodearla con suavidad y reclinó su cabeza en el pecho de mi amigo sollozando más suavemente.

No llores más, pequeña. Ur-Ei está aquí y mientras así sea nadie te tocará ni un solo dedo.

Cuando Ur-Ei volvió supe que había tomado una decisión. Algo en él parecía más duro que nunca.

Nippur, amigo mío. Siéntate.



No hace falta que me lo digas, Úr-Ei. Vas a luchar por la mano de Merielem.

¿Cómo lo sabes?



Ur-Ei, piensa un poco. Desde que salimos de nuestra ciudad de Lagash, ¿cuántos años hemos vivido juntos? ¿Cuántas tierras hemos cruzado? ¿Cuántas luchas hemos tenido que afrontar? ¿Cómo puedes imaginar que no te conozco bien? A tí, que eres como un hermano para mí.



Inclinó la cabeza y me pareció casi avergonzado.

Me siento como un traidor, hermano, pero he estado en el jardín y he tenido en mis brazos a la joven y la he consolado y he enjugado sus lágrimas. He conseguido que volviera a sonreír y me he sentido bueno y suave.



Hace mucho que viajamos, Nippur. Viajamos sin fin. Combatimos sin fin. Mi espada está mellada de golpes y mi brazo cansado de la sangre y de los gritos de los heridos y del trotar de los caballos.



Me detengo, Nippur. Voy a luchar por Merielem y si triunfo me casaré con ella. Es reina de todo el territorio que nos rodea, cinco ciudades y miles de hombres y mujeres. Podré ayudar a su gente con los conocimientos que adquirí en mis viajes, y yo podré hallar la paz.



¿Comprendes, hermano?



No hablamos más y cada cual se dirigió a su lecho, pero los dos sabíamos que ninguno podría dormir. Cada uno se sentía repentinamente solo y envuelto en un extraño mundo vacío.

Comprendo. Y me alegro por tí.



Al día siguiente vimos el primer combate. Fue en un gran prado verde, salpicado de flores blancas y amarillas. Uno de los rivales era el jabalí de Asur, con su armadura negra y sus ojos inyectados en sangre.



El otro era un joven y atezado príncipe de las tierras bajas de los alrededores de Garth. Pese a que casi todos se habían retirado al saber de la presencia de Bakhr, él había decidido enfrentarlo.



Esa noche los ancianos metieron los dedos en una calabaza hueca y extrajeron uno de los huesecillos que contenía para saber qué armas se utilizarían.



¡Mazas y cuchillos!

La lucha fue corta y brutal. La espada del jabalí de Asur hizo pedazos las armas y las manos del joven y por fin su cuerpo elástico y moreno quedó tendido, ensangrentado de pie a cabeza entre las flores amarillas y blancas.



En el jardín vi a Ur-El caminar por los senderos de piedra tomado de la mano de la joven, entre flores y un cielo estrellado como el manto de un rey. Me sentí solitario y feliz. Solitario por mí y feliz por él.

(Será triste seguir el camino solo, pero será bueno saber que él es feliz.)



Al pasar junto a nosotros, con su armadura negra salpicada de sangre y la barba sucia de saliva, se detuvo ante Ur-El.



Me he enterado que lucharás conmigo, hombre de Elam. Es una buena noticia. Todos mis enemigos duran poco y me aburro. Tal vez tú me dures un poco más.

El día siguiente amaneció nublado y tempestuoso. Violentas ráfagas de viento alzaban remolinos de polvo y los relámpagos acuchillaban el horizonte. El prado parecía gris y mustio.

Cúdate, Ur-El. Bakhr peleará como un loco



La locura también es peligrosa para el que la padece.

Avanzaron uno hacia el otro. En la mano derecha la maza de piedra, en la izquierda el escudo, y en el cinturón el cuchillo de caza. Algunas gotas comenzaron a caer y los truenos nos ensordecieron.



Bakhr atacó el primero. Corrió agachado y lanzando espeluznantes alaridos.



¡Ahhhhhh!



Pero Ur-El sin inmutarse, le descargó un tremendo mazazo, que el asirio consiguió detener a duras penas. Allí se detuvo su ataque y sus alaridos.



Luego avanzó Ur-El golpeando de derecha a izquierda con fuerza espantosa haciendo saltar pedazos del escudo del asirio. La lluvia comenzó a caer con más fuerza.



Un terrible golpe de Ur-El chocó con la maza de Bakhr y...



¡Ah! ¡Ahora eres mío!



¡Ayyyyy!



Ahora estamos nuevamente iguales, jabalí de Asur.

Entonces me llamó la atención el gaudul, el que Ur-El derribara en la sala del trono, pues se apartó de los que observaban la pelea y silenciosamente se dirigió hacia un grupo de árboles no muy lejanos.



(¿Adónde irá? Es extraño.)

Pero Ur-El aferró su escudo con ambas manos y descargó un golpe atronador y prodigioso sobre el brazo derecho del asirio.



No sé por qué lo seguí.

(Veamos lo que hace. Todas las precauciones son pocas con Bakhr y sus hombres.)

Y allí lo vi. En sus manos tenía una honda como las que usan los pastores y estaba colocando una bola de arcilla en ella.



¡El canalla! Nadie se daría cuenta entre la lluvia que Ur-El es derribado por una piedra y no por un golpe. ¡El jabalí solamente tendrá que rematarlo!



La honda comenzó a girar. Lenta y lentamente al principio, más rápida después. Sólo quedaba una cosa para hacer.



¡Ahhhh!

Quien se convierte en vehículo de la maldad y la traición no puede aspirar a tener una muerte de guerrero...

Volví los ojos al campo de batalla y vi al jabalí de Asur que retrocedía tambaleante entre la lluvia torrencial tropezando en el barro pegajoso mientras Ur-El avanzaba sobre él, implacable como la voz de los dioses.



Es tu fin, Bakhr...

Yo...



¡Espera! ¡No...!



Hubo un relámpago vivísimo que iluminó la tierra y la lluvia y los hombres como si fueran estatuas de sal.

Tirado en el barro, encogido como un animal herido, Bakhr, el jabalí de Asur no parecía ni terrible ni amenazante. Apenas si era un hombre muerto.



No quise quedarme mucho tiempo en el reino de Melkartes; la tierra de Merem donde ahora Ur-El iba a reinar. Mi caravana de camellos y guerreros jadeaban bajo las cargas y las armas.

En ese momento vinieron ambos. Se veían felices.

¿Por qué te vas tan pronto, amigo? Por lo menos podrías quedarte hasta la boda.



¡Apretad fuerte esas cinchas, holgazanes!



No, Ur-El, prefiero seguir el sendero. Tú me conoces bien.



Sí, yo te conozco bien.

Contemplé a Ur-El, mi amigo, el hombre de Elam, cuya sombra no se había separado de la mía en casi seis años y sentí que el corazón se me encogía.

No sé si le dije algo. No recuerdo muy bien. Sólo sé que clavé espuelas en mi caballo y que todos mis hombres lanzaron un grito al unísono y se pusieron en marcha.

Me di vuelta y vi a mi amigo de pie ante la mansión de piedra. Me ensordecía el piafar de los caballos, y el tintinear de las armas y el crujir de las monturas. Creí que estaba transpirando y me toqué el rostro. No. Estaba llorando.

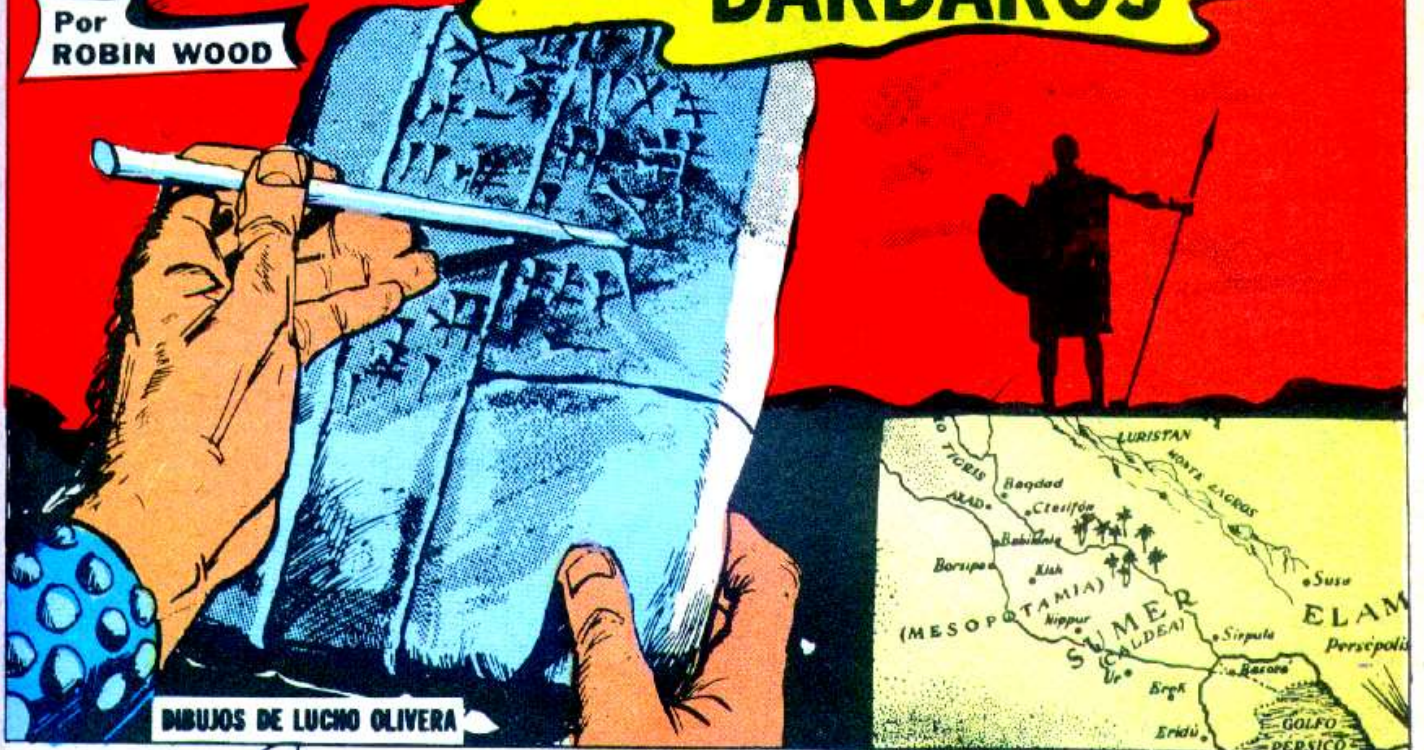


¡Nippur! Yo...



# MI NOMBRE ENTRE LOS BÁRBAROS

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Venían de todos lados. Hombres y mujeres cansados y polvorientos, arrastrando bagajes y carretas, forcejeando en los estrechos caminos o tropezando por los campos de labranza.



Eran fugitivos de la guerra. Campesinos, labradores y pastores. Pequeños comerciantes, soldados derrotados, hombres, mujeres y niños.



¡Señor! ¡Señor! ¡Dame pan! ¡Un pedazo si te sobra!



Toma, mujer. Llévate bastante para tu familia, si la tienes.

¡Gracias, señor!



¿De qué huís? ¿Quién es el enemigo?

¿No lo sabes?



Desde el Norte llegan los bárbaros del país de Marad, los hombres de largos cabellos rubios en sus pequeños caballos de crines amarillas. Cada uno lleva un puñado de lanzas y un escudo de cuero en la espalda.



Galopan día y noche y atacan con la rapidez del viento. Queman, roban y matan. Llevan esclavos, ganado y alimentos. En las puntas de las lanzas hincan las manos de los caídos.



Al frente de la horda viene su jefe, Bukati-el-sanguinario y más atrás la reina Niver lo sigue con sus amazonas.

¿Los manda una mujer?



No la llames mujer, señor. Es un guerrero. Galopa como un fantasma sobre la llanura y su lanza es la más certera de todas. Sólo a la súplica de sus consejeros se debe el que no se halle en primera fila.



No. No la llamo mujer. Quien puede contemplar toda esta desolación e incendio y mantanza sin levantar un dedo no puede ser una mujer.



La anciana se encogió de hombros y con el pan apretado contra el pecho se sumó a la columna de fugitivos. Por un rato quedó observando esa serpiente de dolor y miseria humana.



En ese momento se acercó Kafilas, mi lugarteniente, un negro de gran estatura y pesados hombros. Su rostro tatuado se veía preocupado.

¿Qué hacemos, amo?



-Seguiremos viaje, Kafilas. La presencia de los bárbaros de Marad no debe inquietarnos.

No soy cobarde, amo. Tú lo sabes bien, pero... ¿no nos estaremos arriesgando inútilmente?





Kafilas, hombre sin riñones, nuestro destino está trazado. Los griegos dicen que nuestra moira, así llaman ellos al destino, está marcado desde antes de nuestro nacimiento.



Amo, eso será muy culto pero en las batallas he visto a los griegos correr como galgos sin detenerse a pensar si su moira estaría escrita o no. De manera que deben ser puras paparruchadas.



Me reí. Kafilas era un hombre práctico. De todas maneras, Kafilas, seguiremos viaje.



Así lo hicimos. Por las dudas hice aceitar los arcos y afilar las lanzas. Sabía que mi empecinamiento era peligroso pero me sentía terco en mi odio hacia aquellos guerreros del Norte que avanzaban cosechando el horror.



No tuvimos contratiempos el primer día ni el segundo y mis hombres comenzaron a bromear y a echarse mutuamente en cara su miedo anterior. Parece que tu prudencia fue excesiva, Kafilas.

Espero que así sea, amo.



Entonces aparecieron en lo alto de la loma, con las largas crines de sus caballos flotando al viento y sus puñados de lanzas brillando al sol.



¡Amo! ¡Los bárbaros!  
¡Malditos sean!



¡Rápido! ¡Hagan un círculo con los carros! ¡Caven zanjas! ¡Rápido!



Desde lejos podía oír el ulular jubiloso de los bárbaros que se reunían preparándose para atacar. Hice que los portadores cavaran pozos aquí y allá alrededor nuestro, de no más de medio metro de profundidad.



Otros clavaban estacas y las unían por medio de sogas o hincaban hierros afilados en forma de garfios o astas.

¡Rápido con los cepos!



Luego nos encerramos en el círculo y atamos los carros unos a otros usando sogas y cadenas. Los animales fueron atados de las patas y acostados en el centro del campamento.

¿Estamos listos, Kafilas?  
Lo más listos que podamos estar, señor.



Vi a los bárbaros galopar como diablos aullando y golpeando sus escudos de cuero con el mango de las lanzas. Cada vez llegaban más y más.

Me desembaracé de la capa y me coloqué el casco y la coraza. Luego con mi hacha de combate y mis dos espadas al cinto, me ubiqué junto a las carretas.



Y entonces atacaron. Llegaron a galope tendido con los vientres de los caballos rozando el suelo, los ojos chispeantes y las bocas abiertas en un alarido inacabable. Llegaron en multitud.



Y entonces los caballos tropezaron con los pozos y las cuerdas y rodaron por el suelo y los jinetes se mataron contra las estacas y los garfios.

Y mis arqueros los mataron a flechazos con ésas, sus largas flechas de madera dura y puntas de hueso. Algunos, heridos, corrían gritando con una saeta sobresaliendo en sus espaldas.



Pero detrás vinieron más. Algunos tropezaban con los caídos y rodaban de sus cabaigaduras. Otros en cambio llegaban aullando hasta nuestras carretas y trataban de entrar.



Y allí los matábamos a lanzazos y martillazos, con hachas y cuchillos, con flechas y mazas. A piedrazos, a puntapiés...



Pero llegaban más y más. Trepaban encima de los carros con una lanza entre los dientes y dos en cada mano y desde arriba nos herían. Entonces, ordené...



¡Prendan fuego a las carretas!

Resecas por el sol ardieron como paja y los bárbaros encaramados encima de ellas saltaron con sus ropas de pieles salpicadas de llamas. Muchos corrían ardiendo como antorchas.



Pero ahora los bárbaros estaban enloquecidos por nuestra obstinada resistencia y daban saltos increíbles y atravesaban el cerco de llamas y caían sobre nuestras lanzas y todo se volvía una carnicería sorda y ciega.



Y llegaban más y más y más y más. Por todos lados entraban y ya no les importaba morir. Al frente vi a dos guerreros cubiertos de joyas que debían ser sus jefes.



¡Adelante, Nippur! ¡Esa es buena presa!

Me atacaron con agilidad y fuerza.



¡A él! ¡Es el jefe!

Mi hacha aulló en el aire y uno de los dos jefes saltó de costado como un lobo lanceado.



El otro vaciló un momento y entonces lo herí debajo de la mandíbula.



¡Ahhhhh!



Miré a mi alrededor y vi a los bárbaros llenar mi campamento. Mis hombres eran atacados de todas partes.

No vi al lancero bárbaro, pero sí lo vio Kafilas.



¡Cuidado, amo!



¡Ahhh!

¡Kafilas!

Por su forma de caer supe que ya estaba muerto y mi odio fue como un alarido de locura en mis oídos. El lancero gritó cuando caí sobre él pero no tuve piedad.



Entonces supe que estaba rodeado. Un enorme cerco de rostros hoscos y un cinturón de lanzas. No era malo morir así.



Adelante, chacales. ¿Quién es el primero en querer poner los dedos encima de Nipur de Lagash?



Yo.

No terminó de hablar cuando salté sobre él y le descargué un golpe tan fuerte que lo levanté del suelo.





Otro atacó y al no poder desclavar el hacha, le pegué con el revés del puño.

Cayeron como una ola encima mío pero los atacé a hachazos, loco de rabia. Sentía en mis brazos una fuerza sin límites.



Y entonces vino el golpe que me derribó...



Así llegué al campamento de los bárbaros con las manos atadas a la cola de un caballo y rodeado de su semicírculo de guerreros heridos como exhibición del costo de mi captura.



Habían alzado una selva de carpas de pieles por donde rumoreaba una multitud de guerreros, niños y mujeres. Nos detuvimos ante la mayor de las tiendas.



¡Entra, extranjero!

Dentro de la carpa estaba sombrío y fresco y vi un grupo de hombres y mujeres comiendo alrededor de un lago de almohadones.



Señor, te he traído un prisionero.

Era alto y flaco como un perro de campesinos. Tenía la cara maltrecha sin duda por golpes terribles aplicados en la niñez y estaba sentado sobre el suelo sin comer y sin beber. Levantó la cabeza y me miró.



¿Para qué me lo trajiste?

Peleó como un lobo, señor. Mató a muchos y antes organizó una defensa estupenda.



¿Ahá?

Se puso de pie y descubrió que era casi una cabeza más bajo que yo. Esto no lo hizo aparecer mucho más feliz.



¿Tú te has atrevido a pelear contra mis hombres?

Peleé contra ellos y los maté por docenas. En verdad, son malos guerreros.

Entonces apareció Niver. Supe que era ella pues vestía ropas de guerrero y llevaba los largos cabellos rubios sueltos hasta la cintura.



En mi campamento no me gustan los atrevidos. Les hago arrancar la lengua y les corto las orejas.

Supongo que eres la reina de estos guerreros hambrientos, muchachita, pero por más reina que seas no acostumbro a hablar con mujeres con los dedos sucios de grasa.



Por un momento creí que iba a matarme allí mismo. Su hermoso rostro estaba rojo como un pimienta.



¡Bukati! ¡Enseñale a respetarme!

Como es natural, no esperé que su jefe pudiera cumplir la orden. Con furia lo pateé en el vientre.



Señora, creo que tu jefe no estará en condiciones de hacer mucho durante largo rato.



¿Quién eres, extranjero? ¿Cómo te atreves a tanto?

Me llamo Nippur de Lagash y mi dignidad no merma por el hecho de haber caído prisionero.



Sonrió con una sonrisa cruel que prometía muchas cosas y ninguna agradable.



¿Dignidad? Espera, hombre de Lagash. Cuando yo termine contigo tendrás menos dignidad que un perro.

Esa noche por primera vez en mi vida oí el silbar del látigo y sus dientes de cuero convirtieron mi espalda en una gran llama de dolor.



¿Qué te parece esto, mulo de Lagash? ¿Aún deseas patear?



Me arrearón como un animal entre la multitud de esclavos, hambrientos, apaleados y heridos. A veces se me acercaba algún guardián a caballo y me golpeaba con el mango de su lanza.



¡Eh, valiente! ¡Apúrate, cerdo!

Y mi respuesta era siempre la misma.



¿Eh, que ha...?



¡Y ahora, corre si quieres vivir, perro!



¡Ja, ja, ja! ¡Corre! ¡Corre!



Naturalmente esto me costaba una nueva paliza y las costras y las heridas se superponían unas a otras.

Suéltalo ya. Se ha desmayado.



Luego llegamos al pueblo de Niver, una enorme aldea de chozas de paja y piel y allí me pusieron a trabajar en los sembrados.



Al tercer día vinieron Niver y Bukati seguidos de varios cortesanos a contemplarme.

Trabaja bien el sumerio pero creo que necesitaría un poco de látigo para mostrar más entusiasmo.



Es una buena idea. ¡Eh, capataz! ¡Arrea un poco a ese esclavo! ¡Es perezoso!



¡Ya oíste, cerdo! ¡Apúrate!

SHSHAS!



El golpe que me descargó ese cerdo untuoso colmó mi paciencia.

¡Ahhh!

CRACK



Bukati, creo que ese prisionero es demasiado duro para los guardianes que tiene. Tus hombres aún no han crecido lo suficiente como para cuidarlo.



¡Vámonos de aquí!



Esa noche, un grupo de guardianes me sacó a la rastra del campamento de los esclavos. Calculé que mi último momento había llegado. Por fin me detuvieron ante una enorme tienda.

(Aquí seguramente seré ejecutado.)



¡Oh!



Adelante, Nippur de Lagash. No tengas miedo de una pobre mujer sola.



¡Por el dios de los bosques!  
¡Huelo como un cerdo!  
Es el olor con que me obsequió tu pueblo, señora.



Nippur, siéntate y bebe conmigo. Cesa en tu insolencia y tengamos paz por algunos instantes. Eres un hombre valeroso y yo sé respetar a los valientes.

Está bien, bebamos.



Bebimos y mientras tanto nos estudiábamos minuciosamente. Entonces advertí que no había guardias.

¿No temes que pueda intentar contra tu vida?



Sonrió con burla y se acarició un ancho puñal curvo que llevaba en la cintura.

No necesito guardias. Si trataras de atacarme, yo misma te mataría.



No le di tiempo a nada. Con un solo movimiento le tomé sus manos entre las mías sin dejarle desenvainar el puñal.

¿Qué haces? ¡Suéltame!



Y entonces apreté. Fuerte. Fuerte. Fuerte. Desde mis hombros hasta mis muñecas todo era oprimir y palaquear con los dedos. Vi su rostro hermoso volverse blanco de dolor. La oí gemir.

¡No!... Me duele... no... ¡Maldito seas!



Y de pronto sollozó. Un largo sollozo femenino y su rostro estaba angustiado como el de una chiquilla azorada. Entonces la solté.

No se amenaza a un hombre de verdad, Niver.



Y entonces la besé. Su rostro estaba frío por las lágrimas y sentí sus brazos alrededor de mi cuello.

Nippur... Nippur...



Se apartó de mí y me miró asustada. Ahora no era la reina guerrera sino una muchachita azorada que ha recibido su primer beso.

Nunca me había besado nadie...



Tal vez eso sea lo que necesites, Niver. Cariños. Conocer el amor sencillo. La paz. El calor de una familia. Cuando oigas el llanto de un hijo tuyo jamás podrás volver a montar un caballo de guerra o empuñar una lanza.



En ese momento vi el enorme arco y el carcaj con las flechas. La idea brotó como una llamarada en mi cerebro.

Y ahora, señora, perdonarás lo que tengo que hacer. Nippur de Lagash nunca será un esclavo.

Antes que pudiera reaccionar la derribé al suelo y le até manos y pies con un puñado de correas de cuero. Luego la amordacé.

Perdóname, pero si mal no recuerdo, tu voz es potente y no puedo arriesgarme.



Luego tomé una docena de flechas y envolví sus puntas en trapos que embébi en aceite.

(Veremos cómo resulta.)



De un cuchillazo hice un boquete en la tienda. Luego metí la punta de la flecha en la hoguera hasta que tomó fuego.

(Y allí va.)



Cruzó el aire como una luciérnaga y se clavó en una de las tiendas. El efecto fue instantáneo.



Disparé todas mis flechas menos una.

¡Fuego! ¡Fuego!



Y entonces lo vi salir de su tienda, aún bostezante. El miserable, el cruel, el asesino Bukati.



Mi arco cimbró una vez más.



Mientras todos los bárbaros luchaban denodadamente contra el fuego, me deslicé fuera de la carpa y agachado corrí hacia el corral de los caballos.



Encontré un guardia. Cuando entré en el corral lo dejé clavado con mi cuchillo a la cerca de palos. Con un dedo escribí mi nombre en la arena a sus pies. No quería que me olvidaran fácilmente.



La luz del nuevo día me descubrió así, semidesnudo, jinete en un miserable caballejo sin montura, sin armas. En el zurrón que le robaba al guardia hallé un poco de carne seca.



Recordé la profecía de la Sibila que me vaticinara tronos y riquezas y contemplé el trozo de carne seca que tenía en la mano.

(Hum... el comienzo no es promisorio.)



Mordí la magra pitanza y me ref un poco. El caballo pletó inquieto y no sé por qué me sentí absurdamente feliz.

